

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**  
**MÁSTER EN ESCRITURA CREATIVA**

Trabajo Fin de Máster

Convocatoria: 2012-2013



**Las crónicas de viaje:**  
**una apuesta por el Periodismo y la Literatura**

Modalidad: Creación

**Juliana Galvão Afonso**

**Vº Bº Profesor Supervisor**

Juan Carlos Gil González

## Índice

### 1. Parte práctica

1.1.	Roma.....	3
1.2.	Nápoles.....	20
1.3.	Pulla.....	39
1.4.	Linguaglossa.....	59

### 2. Parte teórica

2.1.	Introducción: punto de partida de la creación.....	77
2.2.	Objetivos y estructura de la parte creativa.....	85
2.3.	Técnicas y estilos ensayados.....	89
2.4.	Reflexión final.....	95
2.5.	Bibliografía consultada.....	97

## ROMA

### Calles veraniegas

*Las calles de Roma ganan un colorido especial cuando llega el verano gracias a la gente que sale a aprovechar las calurosas noches de julio y de los eventos promovidos en diversos rincones de la ciudad. La bella capital italiana se transforma en un inusitado escenario cultural*

La orilla del río Tevere parece un festival de luces. El brillo que sale de las bombillas y atraviesa los cristales de las lámparas esparce amarillos, naranjas y rojos por el aire ofreciendo una sugestión colorista increíble. Si uno se mira hacia arriba, se olvida que es de noche. Sea por la claridad del ambiente, por la música que se escucha desde los altavoces de los postes o por la energía de los peatones. Los viandantes que pasean a lo largo del Tevere se olvidan de la noción del tiempo, el horario se convierte en pura entelequia.

Clarisa mira su reloj y cuenta con los dedos de las manos con la finalidad de saber la diferencia horaria entre México e Italia. Comprueba que son las nueve de la noche. Las cavilaciones sobre los husos horarios la hacen demorarse por unos instantes y cuando vuelve en sí se da cuenta de que se ha perdido de su grupo. Acelera el paso y va, esquivando a los transeúntes, apartándolos con las manos. Sus ojos de turista son incapaces de acompañar el ritmo cotidiano de Eleonora y sus amigos, residentes de la capital italiana. ¿Es posible que el morador habitual nunca aprecie lo que tiene alrededor? ¿Incluso cuando su ciudad sea Roma? Clarisa finalmente alcanza al grupo, disminuye su velocidad y se relaja. De nuevo, se deja llevar por sus pensamientos y por las luces del Tevere. Sus ansias descubridoras le llevan a mirar a derecha e izquierda, apretando los ojos con la intención de ver lo que se pierde en el más allá.

—¡Esta ciudad es muy grande! No puedo, ni siquiera, saber dónde terminan las tiendecitas de la feria.

—Terminan en el otro puente, pero no te preocupes, que llegaremos allí.

—¡Qué grande! ¡Y qué bonito! —aprieta una mano contra la otra, las dos contra su pecho y sonrío.

Clarisa, desde que terminó el colegio, deseaba viajar a Holanda, Bélgica, Francia, Italia..., a Roma. La imagen de sí misma caminando por la capital italiana se había transformado en un anhelo, en una de esas obsesiones que se clavan en la mente y surgen a cada instante, cuando uno menos se lo espera, sobre todo, cuando se siente perdido en la vida. Su idealización de Roma la había convertido en un fortín en los últimos seis meses. Siempre que se peleaba con su ex novio, a causa de su histeria, o se disgustaba con su familia, debido a la pelea con su ex novio, salía del piso con ganas de hacer un viaje por la mítica ciudad. Mientras su cuerpo deambulaba sin rumbo por las calles de Monterrey, su mente la transportaba a Roma, donde se perdía por calles, monumentos y bares recónditos. Ahora, sin embargo, mente y cuerpo disfrutaban a la par del paraíso de Rómulo y Remo.

Caminando por la orilla del Tevere, el río más largo de Roma, una mujer de mediana edad y con acento del sur, iba distribuyendo folletos en la puerta de un bar. Clarisa coge uno con la intención de poder decir “grazie” y practicar con su incipiente italiano. *Lungo il Tevere*, es el nombre del evento. Cuando empezó esta aventura cultural, hace once años, el objetivo era que los ciudadanos romanos saliesen de sus casas, conociesen y disfrutasen en un ambiente abierto y distendido de la vida nocturna de Roma en los tres meses de verano. En junio se montaban las tiendecitas en la orilla del río en las que podías encontrar comida, bebidas, ropa, música, libros. Por las noches, el local se transformaba en una suerte de refugio para charlar, compartir e intercambiar puntos de vista. Años después se organizaron más actividades: la biblioteca abierta, las canchas de deportes, las oficinas de arte, las exposiciones, los desfiles de moda y los espectáculos musicales. El Tevere se transformó en una galería al aire libre con un ambiente inmejorable. Era uno de los grandes atractivos del verano.

Al girar una de las páginas del folleto, Clarisa observa que hay un mapa en el que se localizaban los escenarios reservados a las presentaciones. Levanta la vista para ubicarse. En un pequeño descuido un golpe de aire le hace perder su folleto que cae plácidamente al suelo. Lo recoge a los pies de una señora de falda muy corta. Es julio y el sol aprieta. La mayor parte de los transeúntes visten pantalones cortos y camisetas sin mangas. La feria está abarrotada de personas y Clarisa y su grupo se acercan a la orilla del río para refrescarse, olvidándose de su papel caído. Al pasar la lengua entre sus labios, se percata de que éstos están secos. Abre su bolso, saca su espejito y con un pinta labios rosa bordea sus labios.

Sin darse cuenta, se encuentra en un lugar en el que la Iglesia de San Bartolomé, ubicada en la única isla del río, se proyecta detrás de ella y se refleja en su espejo. Suelta una sonrisa: guapa Roma, guapa ella. ¿Por qué se enamoró de pequeña de aquella ciudad? ¿Habían sido las historias de su abuela? ¿Quizá las aventuras que contaba su hermana, bailarina de ballet? ¿o los planes de viaje con su ex novio?

—¿A dónde vas?

Clarisa da un giro completo.

—Si no te grito sigues hasta el final de la feria... —bromea Eleonora, con una sonrisa, mientras espera que Clarisa vuelva—. ¿Quieres una birra?

—¿Una birra?

—Así llamamos a cerveza en italiano.

—Una birra... ¡Claro!

Eleonora le da la espalda y se hace hueco para alcanzar la barra:

—Quattro birre e due coca cole. Ah, e il menú, per favore! —dice y sale a buscar una mesa para seis.

El espacio en el que se desarrolla la feria se divide en dos: por el medio de la vía caminan los peatones, de un lado y del otro están las aceras, bien anchas, en las que los bares ponen sus mesas y banquitos. Las dos zonas se encuentran separadas por un pequeño escalón. La decoración es muy agradable. La mayoría de los bares usan vallas de madera que llegan hasta la cintura para delimitar su espacio y por encima de ellas aparece una selva de macetas verdes cuya finalidad es que la gente del local no sea vista por los intrusos ni que se percaten de que están en el centro de la capital italiana. En algunos establecimientos, las luces fluorescentes de los menús se reflejan en los vasos de cristal que los camareros llenan de whisky, para deleite de sus clientes. En estos bares modernos, incluso los techos contienen detalles sorprendentes, como cortinas transparentes asientos retractiles o candiles futuristas. A Clarisa, lo que más le llama la atención son los espacios comunes, como la zona de mesas de fútbol y las estanterías llenas de libros, que todos podían coger y leer. Otras partes también le despiertan interés, como la rampa pegada a un muro, a más de medio metro arriba de la calle, con almohadas coloridas, haciendo la vez de sillas, y mesas hechas con antiguas cajas de uva. En los muros aparecen dibujos y estampas en los que se mezclan el arte del collage y el del estencil.

En la rampita, varios grupos de amigos con sus deportivos converses ensuciados se ríen distraídos y comparten abrazos. En los bares campesinos, hay gente más simple,

menos sofisticada, menos preocupada por ir a la moda. Todos beben, todos fuman mientras los amigos de Eleonora, en una mesa de metal, no paran de beber una y otra cerveza.

La lengua de Umberto Eco retumba fuerte en los oídos de Clarisa. Para comprender los mensajes de sus amigos, abría bien los ojos y su mirada acompañaba los movimientos de los labios fijándose, además, en los gestos. Intentaba reproducir las expresiones faciales de sus amigos, con la esperanza de transmitir la sensación de que así, podía ser una interlocutora normal. Y aunque era cierto que solicitaba a sus amigos que repitiesen algunas frases más complejas, al final, terminaba asintiendo con la cabeza.

—Me hace gracia.

—¿Qué?

—Como tú y mis amigos os podéis comunicar en idiomas diferentes.

—A mí, otras cosas me hacen gracia.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo el hecho de que me encante tu ciudad, pero por motivos totalmente diferentes de los que yo presumía...

Era su tercer día en Roma y Clarisa estaba sorprendida. La historia de la ciudad, el Coliseo y el Panteón, sus miles de ruinas, el arte sagrado de los museos, la belleza de los edificios seculares... eran pura fachada turística. Para sus visitantes, Roma es una ciudad intocable. Se la representa como la capital del antiguo imperio romano, la cuna del arte, el corazón geográfico de la iglesia católica, sin embargo, siendo verdad esos datos históricos, hoy se encuentra en ella túneles cubiertos por grafitis y edificios abandonados en los que se celebran fiestas de rap, sobre todo en la periferia.

Con sus casi 3 millones de personas es lógico imaginar que Roma no está hecha solamente de mármol y ladrillo, aunque la mayoría de la gente piense en el tópico monumental, que a veces, impide ver otro universo. Clarisa estaba segura de haber encontrado una Roma diferente, con una movida *sui generis* en la que se podía encontrar de todo y una periferia efervescente. La Roma de los grafitis, de la comida en la calle, de la música, de las fiestas, de los festivales y de la cultura urbana se transformó en un delicado regalo no esperado para Clarisa.

## En la noche, por la calle

Mientras la gente charla, suena la música que viene de los altavoces puestos en medio de los postes o colgados en las esquinas de los techos de las tiendas de la feria de verano del Tevere. Los bares disponen de un hilo musical agradable al oído, sin estridencias, porque a los clientes no les hacen falta grandes decibelios para saborear el momento. Sin embargo, en las tiendas de ropa, accesorios, bolsos artesanales y vinilos antiguos, la música suena casi a todo volumen. El sonido que proviene del puente Garibaldi es diferente. Tres hombres, dos guitarras y un tambor interpretan un rock alternativo que provoca el baile de unos cuantos peatones.

—Me entran unas ganas de bailar... —comenta Clarisa, mientras balancea la cabeza

—Puedes bailar con esos hippies —Eleonora levanta el dedo y le hace mirar al grupito que se mueve en el asfalto. Los dos chicos visten blusas estampadas, pantalones cortos de tonos azules muy llamativo y unos zapatos con los cordones desatados. Aunque tengan el mismo estilo, cada uno de ellos baila a su manera y la falta de compás y ajuste con los graves del tambor arrancan las sonrisas de los que pasan. Las dos chicas bailan bien. Llevan ropas cortas, bolsos con flecos, diademas de tejido marrón—. Si quieres, te esperamos aquí —parpadea.

—No, no, no... Yo no tengo la pinta que tienen esos...

—No pasa nada. Nadie te conoce.

—Vosotros me conocéis...

Eleonora abre los ojos con tanta rabia que hace levantar las manos a Clarisa como si se estuviera pidiendo disculpas.

—Vale. Vas a ver... —susurra Clarisa con voz de venganza.

Ella estira su camisa con fuerza, ajustando la ropa en su cuerpo y camina con pasos firmes hacia el grupito. Empieza a moverse, tímida, sin soltarse la vergüenza, como quien estuviese cumpliendo con una obligación. La gente pasa sonriendo y Clarisa duda; no sabe si son sonrisas de afecto o de escarnio. Se convence de que, esas sonrisitas están provocadas por su descoordinación y decide exagerar. Saca la lengua, levanta los brazos y comienza a hacer círculos con la cintura, las rodillas y los hombros. Las carcajadas no se hicieron esperar. Sus acompañantes de baile también sonríen.

—Ahí lo tienes —asiente con la cabeza mientras los amigos de Eleonora se secan las lágrimas de los ojos— y lo haría todavía mejor y durante más tiempo, en otras circunstancias. Es que aún no estoy borracha.

Le hubiera gustado seguir bailando si hubiera estado en un sitio cerrado, para recordar sus fiestas en Monterrey, en las que salía con sus amigas a alguna discoteca en la que solía tomarse una copa de más. Estas noches romanas le parecían encantadoras, por el buen ambiente y la cordialidad de los amigos. Todo muy diferente a México. Allí era raro que por la noche no presenciase una pelea o que no acabase en un cuarto desconocido. Casi siempre se repetía la misma historia. Una, dos tres... cinco copas y los dedos de Clarisa teclaban el número de su ex novio. “¿Por qué no quedamos? Me haces mucha falta...” Gabriel salía de su casa y en menos de media hora aparcaba el coche frente a la discoteca. Clarisa entraba, se quitaba los zapatos y le daba un beso en las mejillas. La aventura terminaba en cualquier cuarto... Al día siguiente, la resaca, los recuerdos, las peleas y las disculpas: “lo siento, no debería haberte llamado”.

—... y por eso le llamamos Trastevere.

—¿Cómo?

—¿No me has escuchado?

—Lo siento... Es que hay mucha gente en la calle...

Y era cierto, se encontraba a gente por todos lados: la estrechas callecitas, en las anchas plazas, en los escalones de las iglesias, en las mesas de los bares, en los balcones de los edificios viejos e incluso en el suelo. Clarisa se puso tensa intentando ubicarse. Había cruzado el puente sin darse cuenta.

—El barrio se llama Trastevere porque está al otro lado del río Tevere, de ahí el nombre. Tras el Tevere. Trastevere.

—¡Ah, qué interesante!

—Y, como puedes ver, está siempre lleno de gente todos los fines de semana y durante el verano todos los días. A la gente le encanta venir aquí..., es el barrio bohemio de Roma.

El barrio bohemio de Roma. ¿Sería posible que una ciudad tan urbana como Roma sólo tuviera un barrio bohemio? ¿Qué significaba eso para los italianos? ¿Que allí la gente sale más, o que sus moradores y usuarios beben más alcohol? Estas disquisiciones se las plantea Clarisa mientras los amigos de Eleonora se dirigen a la cola de uno de sus bares preferidos a pedir unas cervecitas



Era uno de esos bares comunes que tiene garantizada la clientela gracias su buena ubicación. Las paredes están cubiertas por azulejos color gamuza y una larga barra de madera ocupa casi todo el espacio. No hay carta, sólo un gran cartel negro con letras blancas como las de un juego de niños colgado de la pared. Los parroquianos no lo miran, ya saben qué pedir y se van a la cola, cerca de la puerta del establecimiento. Allí, primero se paga, luego se bebe, como en la mayoría de los bares nocturnos de Roma. Las fichas de las consumiciones las vende un señor mayor, el dueño, que siempre tiene cara de enfadado. Está como diciendo, “los listillos que se iban sin pagar, ya no lo harán más”. Detrás de la barra también hay un único camarero sirviendo las peticiones. Su cola es interminable.

Al ver el tamaño de la fila, Clarisa se sienta en un bordillo. Observa el movimiento y deduce que la razón por la que llaman bohemio al Trastevere tiene que ver no solamente con la cantidad de bares, sino con el número de personas que lo frecuentan. Una cantidad que se acerca a lo insoportable. Suerte de aquéllos que traen su propia botella, como el grupo de chicas que acaba de llegar, y beben sin tener que soportar una insufrible cola. Afortunados los que disponen de dinero suficiente para pedir su copa sentados en un restaurante en el que el número de camareros es proporcional al de los pedidos.

—Toma Clari, tu cerveza.

—Grazie.

—Ya tenemos más fichas, pero las vamos guardar para después. Espero que no te termines tu lata muy rápido, sino pasaremos más tiempo en la cola que fuera de ella.

—No te preocupes, no tengo prisa —y tomó el primer trago, entre carcajadas.

—Tuviste suerte con ese bordillo, ¿no?

—¡Cómo no había sillas...!

—Nunca encontrarás una silla libre a estas horas.

—Sí, aquí hay gente por todos sitios. ¡Me gusta!

—A mí me parece demasiado lleno. Siempre que vengo me convengo de por qué no lo frecuento más a menudo... —Eleonora mira a su alrededor—. El ambiente me encanta, es un barrio muy bonito, pero siempre está abarrotado. Nosotros somos más tranquilos y preferimos salir por otros sitios, normalmente los que están cerca de nuestras casas. Es la diferencia entre los turistas y la gente que realmente vive aquí: sabemos dónde ir por las noches para echar un buen rato.

—Todo lo que conoces son restaurantes.

—Yo dije echar un buen rato, ¿no?

## **El arte de comer bien**

No hay gente más enamorada del arte de comer bien que los italianos. Ésa era la única certeza de Clarisa, después de haber puesto en jaque tantas ideas preconcebidas de la vida en Roma. Para ellos, un buen helado no puede llevar mucha azúcar ni ninguna de esas grasas fabricadas en los laboratorios. Una buena lasaña tiene que estar elaborada con pasta artesanal, un queso -con Q mayúscula- debe ser fresco. ¡Y ay de aquéllos que no los conserven en la nevera! ¡Sacrilegio! Estas reglitas, que se parecen mucho a los consejos de abuelas, se transmiten de generación a generación. Las guardan como verdaderos tesoros y están siempre dispuestos a defenderlas ante cualquier persona que dude de su veracidad.

—A mí me encantan las pizzas —dijo Clarisa en el coche, mientras conducían por el centro de Roma.

—¿Ya comiste pizza en Italia? —le preguntó Eleonora.

—Todavía no. Pero en la esquina de mi piso, en Monterrey, hacen una que está buenísima...

—¿La salsa de tomate es fresca?

—... No lo sé.

—¿No la sientes?

—No percibo la diferencia, la verdad.

—Y el queso, ¿es mozzarella?

—Um... No creo...

—Mira: lo que tú comes puede ser algo bueno, pero no es pizza.

La misma charla intentó mantenerla con los amigos de Eleonora, profiriendo palabras en castellano, mezcladas con italianas y gestos faciales muy ilustrativos. “Pazza... ¡Questa non e la pizza!”, le contestaban, con la mano cerrada y los dedos juntos, que movían de un lado a otro. Siempre acababan con el mismo diálogo.

Contar con buenos ingredientes para poner en práctica una receta es algo realmente sagrado para estos aficionados de la gastronomía. Clarisa lo comprobó la primera vez que paró para pedir un cappuccino. Ah, el cappuccino... tenía la cantidad

perfecta de café y una rica y cremosa espuma de leche. Lo mismo pensaba de una cosa tan simple como los bocatas. En todo el mundo, cualquier cosa que se eche entre dos rebanadas de pan puede ser nombrado “sándwich”, aunque nadie garantice que esté bueno. En Roma, los quesos, los fiambres, los tomates y las salsas son tan frescas que lo raro sería que los bocadillos estuviesen malos.

La ciudad está llena de establecimientos. En Roma hay censado unos setenta y cinco mil locales, entre bares y restaurantes. Seguramente no todos serían de calidad, pero éstos no los iba a descubrir Clarisa, porque estar acompañada de romanos es una garantía para la buena alimentación. Ellos no salen con una guía de restaurantes en las manos, no van siempre a los mismos lugares, ni siquiera se detienen a pensar mucho en esa cuestión. Es un don, saben qué restaurante es bueno y cual no.

—¿Tomamos un helado aquí?

—No, aquí no.

—¿Por qué no? ¡Mira que buena pinta tienen! —dijo frotándose la cara en el escaparate de cristal como una niña de siete años.

—Es que hay muchas heladerías como esta en la ciudad.

—Entonces significa que son buenas... ¿no?

—No necesariamente, eso significa que son industriales. Tenemos que buscar a las que tienen fabricación propia.

Aquella tarde, Eleonora la llevó en la heladería Miami, que se encontraba lejos del centro. Dos camareras atendían a todos los clientes y se encargaban de la preparación de los helados. No paraban, siempre moviéndose de un lado a otro. Cuando abrían la puerta del almacén se dejaban entrever grandes máquinas. Eleonora nos indicó con su brazo que las máquina centrifugadoras, que parecían enormes lavadoras, eran las responsables de hacer los “gelatos” de la manera más natural.

Por 1,50 euros se compramos un cono con dos bolas, con chocolate y nata por encima. Eleonora eligió lo de siempre. Clarisa preguntó por la especialidad de la casa y se decidió tras haber degustado tres sabores distintos. La obsesión por conseguir el gusto real de los ingredientes era tan exagerada que el helado de café venía con pequeños granos y el de pistacho estaba algo salado. “Rocher y crema de vainilla”, dijo, por fin. Sentadas en un banquito exterior, Clarisa no podía parar de pronunciar sonoros “hum...” a cada cucharada.

Comer es un ritual que los italianos nunca pierden. No dejan de desayunar aunque se hayan levantado tarde, tampoco perdonan el almuerzo aunque éste se produzca con retraso y no se saltan la cena porque se haya picoteado antes.

“Vamos a dejar tu maleta en el piso. Te duchas, te cambias, comemos algo rápido y luego nos vamos a la calle. Tienes pocos días para una ciudad tan grande, así que hay que aprovechar el tiempo”, dijo Eleonora en el día que Clarisa llegó a Roma. Cinco horas después seguían en casa. Su anfitriona puso la mesa con aceitunas negras y verdes, cacahuetes, queso fresco, jamón, patatas fritas, galletas saladas, zumos, licor y vino. En lugar de ir en busca de sus amigos al centro de la ciudad, éstos fueron comer a su casa. Clarisa no se quejó porque pasar la noche en el piso no le parecía mala idea.

—¿Hacéis esto siempre?

—¿El aperitivo? Algunas veces... Hoy, mi madre compró un montón de cosas antes de que tú llegaras.

—Está todo muy bueno —cogió una aceituna—. ¡Me encantan las verdes!

—Muy bien, cuando termines salimos a cenar.

—¿Cenar? ¿En serio?

—Cuando abusamos en el aperitivo no comemos... pero no es lo normal. Eso de picar no llena.

—¿No llena? Increíble lo mucho que coméis... —Clarisa se puso la mano en la barriga y se echó para tras— Yo es que no puedo más...

La sensación de saturación se repitió al día siguiente, cuando fueron comer pizza. “La verdadera pizza”, repitió Eleonora antes de llegar al restaurante. Pidieron brocheta de fiambre como entrante, una pizza entera como plato principal, tarta de tiramisú para postre y un vino para acompañar.

Cuando acabaron de cenar partieron hacia un bar escondido. Para acceder al local tuvieron que subir una cuesta de tierra que desembocó en un camino mal alumbrado y lleno de árboles. Clarisa les siguió como quien entra en un territorio vedado, llevada por su curiosidad y guiada por una musiquita que sonaba más adelante. Al final de la ruta, se encontraron una terraza. El local estaba lleno de sillas y mesas de madera cubiertas por sombrillas blancas. Para completar el aire playero solo hacía falta agua de coco. Al lado del bar, había un pequeño tablado, que hacía las veces de escenarios, en cuyo alrededor se encontraban unos cojines para que la gente se sentara y pudiese ver el concierto de rock jazz. Mirar a la banda suponía perderse la vista del Coliseo que se encontraba al otro lado y Clarisa no se pudo resistir. Tenía la sensación

de estar observando un cuadro pintado a mano. Todos los arcos estaban alumbrados por decenas de bombillas amarillas que daban vida al más célebre de los monumentos romanos.

Se sentaron en unas sillas y pidieron una copa. Mientras la gente charlaba en un italiano todavía menos comprensivo Clarisa relajó la frente, descruzó los brazos y se quitó las chanclas para sentir la arena del suelo en los pies. Estaba en Roma... pero se sentía rara. Se estaba dando cuenta de que la mítica ciudad era otro de esos deseos que se había metido en la cabeza. Pasó los últimos seis meses pensando que encontraría el sosiego al otro lado del charco, y una vez allí, no lo había encontrado por ninguna parte. Todavía no había encontrado el lugar en el que su mente se relajara para olvidar. Le seguía asaltado en sus pensamientos la última noche pasada con Gabriel... eran las cinco de la mañana y la discoteca estaba abarrotada. Todos bailaban al ritmo de los reggaetones. Clarisa fue al bar en el que se encontraba una de sus amigas.

—Isa, me voy para casa después de esta copa —el camarero acababa de servirle un vodka con limón.

—¿Cómo te vas amiga?

—En taxi.

—¿Ya, tan pronto?

—No me digas ya, son las cinco de la mañana.

—Son las cinco de la mañana... y estás borracha.

—Eso también —se rió. Tenía su copa en la mano, la alzó a la altura de la cabeza— ¡Brindemos!

Brindaron.

—¿Estás bien? ¿Quieres que espere el taxi contigo?

—No, no te preocupes. Hay un montón de ellos en la puerta.

Volvieron a la pista y Clarisa se despistó enseguida. Se fue a una esquina oscura, al lado de unos servicios, sacó el móvil y llamó a Gabriel. Hablaron unos minutos y colgó después de convencerle de que tenía que ir por ella. Volvió a la pista, terminó su copa, se despidió de los amigos y se fue. Estuvo esperando fuera por cinco minutos. Estaba muy tensa, no quería que sus amigas saliesen en el momento en el que llegase Gabriel. Cuando aparcó frente a la discoteca, Clarisa entró en el auto, se quitó los zapatos y le dio un beso en la mejilla.

## La Roma de las mil fiestas

—¿Y hoy, donde podemos pasar un buen rato? —pregunta a Eleonora.

—Hay una fiesta del partido comunista, justo en frente de la Basílica de San Pedro...

—¿Una fiesta del partido comunista?

—Sí, suena raro, pero yo iba muchas veces con mis padres cuando era niña. Antes solía ser una fiesta más política. Ellos distribuían las invitaciones y sólo los afiliados podían entrar. Pero ahora es libre.

—¿Y qué hay allí?

—Siempre hay muchas tiendas, algunas venden ropa y artesanía y otras comida y bebida. También hay conciertos.

—Oggi ha un DJ che suonerà música degli anni 90 —habla una de las amigas de Eleonora, haciendo un nueve con los dedos de la mano.

—Ah... ¿Qué? —Clarisa gira hacia Eleonora con el ceño fruncido.

—Hoy se presenta un DJ que podrá música de los años 90 —se ríe.

—¡Uhuuuul! —levanta las manos con la intención de hacerse comprender en cualquier lengua.

—Uhuuuul! —exclama, una de las chicas del grupo a la que le gusta la fiesta de los años 90, confirmando que la idea había surtido efecto.

El verano siempre regala buenos planes. Además del clima agradable, la ciudad se llena de espectáculos, exposiciones, festivales y eventos, que van desde teatros infantiles a conciertos de jazz, principalmente por la noche. Clarisa mira alguno de los carteles colgados en los muros y escaparates de las tiendas *Estate Romana: 100 giorni, 100 notti, 1000 luoghi per state insieme*. “Verano Roma: 100 días, 100 noches, 1000 lugares para estar juntos”, le tradujo Eleonora. Mil lugares. Esa era la cantidad exacta de sitios que organizaban actividades durante los tres meses del verano romano.

Clarisa se levanta rápido. Tan rápido que necesita cerrar los ojos y recobrar el equilibrio antes de seguir andando. Tras sacudirse el polvo que el bordillo había dejado en su ropa, coge su vaso de cerveza y, de un sorbo, se bebe la mitad. Uno del grupo levanta la mano indicando a su compañero con la mirada “¡Choca!”. Los dos se chocaron las manos. Clarisa, muy animada, busca en su bolsillo y extrae un puñado de monedas con las que se encamina al bar, dispuesta a comprar cervezas. Saca una de las

fichas, busca la barra, y atropellando a una cuantas personas comienza a gritar: “una birra, una birra, una birra...”. Una vez provista de su cerveza, sale a la calle.

Eran las dos de la mañana. A aquellas horas, los sitios están más vacíos y la plaza recobra su estado habitual. Ya no están los viejos, ni los adultos y sólo se ve a algunos grupos de amigos que deciden cuál será su siguiente itinerario. El francés y el inglés, comunes hace unas horas, han ido en busca de otro refugio. La mayoría de los turistas han regresado a sus hoteles con la intención de no perderse las rutas turísticas de la mañana, sin darse cuenta de que la noche de Roma posee un encanto indescriptible y sugestivo.

Las calles de los alrededores del festival se encuentran abarrotadas de chavales jóvenes que, como no andan sobrados de dinero, han decidido hacer botellón para ahorrarse unos euros y poder beber sin el agobio de la mengua económica. De fondo se escucha la música del escenario en el que un hombre canta jazz, mientras los amigos de Eleonora buscan una tiendecita en la plazoleta frente a la Via Ostiense para comprar sus provisiones alcohólicas. Cansada de la cerveza, Clarisa deja su vaso y pide otro de vodka con limón. Da generosos tragos escuchando la conversación de las chicas del grupo:

—Mi piace un po' di tutto. Reggae, elettronica, jazz...

—Un po' di tutto... Questo non è possibile!

—Certo che si!

La oferta musical de la ciudad está organizada en zonas. Hay muchos barrios alternativos, como por ejemplo, los de San Lorenzo, el Pigneto y la Garbatella. En ellos puedes disfrutar de una gran cantidad de bares de copas en los que se escucha música distinta, ésa que se encuentra fuera del círculo comercial. Casi todos los establecimientos de esos barrios son bastante informales, consecuencia de su conexión histórica con la izquierda y con las clases más populares, que vivían allí desde tiempo inmemorial. De hecho, ésa es la explicación de por qué estos barrio cuentan con una vida nocturna vinculada a grupos musicales reducidos.

En la periferia te tropiezas con establecimientos desconocidos, incluso, para los habitantes de Roma. Quienes los conoces se divierten en fiestecitas promovidas por distintos centros sociales y culturales que buscan edificios abandonados para realizarlas. El rap, el rock y los ritmos más fuertes suenan a todo volumen, acompañados de mucho alcohol y no pocas drogas. Algunos de los grupos que surgen de estos lugares son verdaderamente buenos, pero es raro que logren salir de ese ambiente marginal. Además

es que Roma no ofrece, por regla general, muchas oportunidades: o se organizan conciertos formales en los que ellos no son llamados o deben esperar a los festivales estivales.

Para colmo, Roma dispone de muy pocos locales con música en directo. Sí abundan las grandes discotecas en el centro de la ciudad en las que se escucha el pop estadounidense y la música electrónica comercial. El resto de establecimientos, desde las radios hasta las tiendas de ropa, pasando por los niños de los autobuses, las radios de los coches e incluso los altavoces de los kioscos de periódicos, se deciden por la misma música. Este año, sin embargo, ha entrado una novedad: el reggaetón. El ritmo latinoamericano y sus mil vertientes se ha puesto de moda en Roma. Clarisa, que escucha con gran atención, salta con gran entusiasmo

—¡Sí, sí. Mi piace el reggaetón! Tenemos muchos grupos en México.

Las tres se ríen sin parar.

### **Vodka con limón**

La música en el festival suena muy alto. La mitad del espacio está tomada por tiendas que venden comida y bebida; la otra mitad ocupada por el escenario y la pista de baile. Tras una vuelta de observación rápida por el local, el grupo de Clarisa decide ir a bailar. Se dan cuenta de que las chicas que allí se encuentran han recogido sus pelos en llamativos moños, mientras que los chicos tienen sus camisetas pegadas al cuerpo a causa del sudor. Los únicos que todavía están hechos unos pinceles son ellos. Todos beben: agua, refrescos, cervezas, cubatas y el escenario desprende unos rayos de luz de múltiples colores: verdes, amarillos, violetas y rojos. Algunas veces, surgen explosiones de luz blanca que ciegan a cualquiera que mire directamente a los dos DJs, quienes animan a la multitud con antiguos éxitos de los años noventa.

La mayor parte de las músicas es extranjera, lo que ayuda Clarisa a acompañar la letra de los estribillos de las canciones más conocidas. Ya está borracha, igual que algunas de las chicas. Ahora, cuenta con varios acompañantes para los bailes que inventa. Unas giran alrededor de otras, bajan hasta el suelo y luego levantan los brazos hacia arriba. Cuando lo han repetido en varias ocasiones van a la barra a pedir más copas.



—Clari, me voy a sentar —Eleonora arrastra la voz.

—¿Te vas a sentar? Pero... —mira el reloj y empieza a contar con los dedos de las manos para acertar la diferencia horaria, aunque no lo consigue. La mano de alguien tapa su reloj.

—Ya lo tengo. Son las cuatro de la mañana —Eleonora lo hace riendo.

—¿Estás cansada amiga?

—Sí...

—¡Qué pena...!

—¿Te quedas con las chicas?

—Me quedo con ellas.

—Vale. Yo voy con los chicos a sentarme en el césped, allí en frente.

—Vale.

Cuando ella empieza a andar, Clarisa le grita. Eleonora se detiene. Vuelve.

—¿Sí?

—¿Tienes internet en tu móvil?

—Tengo.

—¿Me lo puedes prestar?

—Hum...

Clarisa siente su petición no logra gran aceptación e intenta explicarse.

—Es que... he escuchado una canción que me recuerda mucho a mi mejor amiga y me gustaría enviarle un mensaje...

Eleonora le entrega el móvil y se aleja para dejarle cierta intimidad en la redacción del mensaje. Clarisa sonríe, agradeciéndole el gesto, aunque no está segura si la ha convencido. Estaba indecisa. No sabía muy bien qué hacer con ese aparato y una voz interior le martilleaba diciendo que llamara por última vez a Gabriel, pero que tuviera en cuenta que sería la última. ¿Debía llamarlo? ¿Podría hacerlo? Las dudas le asaltaban. Da igual, se tranquilizaba, él no podrá venir. ¿Podrá? No, seguro que no.

Cuando aún eran novios, hacían planes para conocer Europa juntos. Clarisa sabía que Gabriel soñaba con Roma. Le fascinaban el Coliseo y el Panteón, las ruinas de la ciudad, el arte sagrado de sus museos, la belleza de los edificios seculares... Él no paraba de hablar sobre ese viaje. “La capital del Imperio Romano —sostenía— imaginas la de historias y leyendas que guardan las piedras que veríamos en la capital italiana”.

Clarisa se había prometido a sí misma que aquella sería la última vez que llamaría a Gabriel. En la pantalla del móvil teclea un mensaje: “Me encantaría verte,

pero hoy no te puedo llamar porque estoy en Roma. Sí, en tu Roma. Me acuerdo mucho de ti. Ojalá pudieras estar aquí. Clari”

Se sienta a esperar alguna respuesta. Los ojos le brillan. Duda si había hecho bien en dar a enviar.

“Hola, Clari, me alegro por ti”

Un mensaje muy distante –piensa. Vuelve a esperar. Un minuto. Dos minutos. Tres minutos. Clarisa se arma de valor y comienza a escribir otra vez.

“¿Has leído? ¡Estoy en ROMA!”

Un minuto. Dos minutos. Tres minutos.

“Sí Clari, me parece genial”

“Me haces mucha falta...”

... Cuatro minutos. Cinco minutos. Seis minutos.

“Mira, Clari, no te entiendo. A ver... estoy saliendo con una chica y estamos bien. No quiero que dejes de escribirme, la verdad. Pero ya no podemos nuestros encuentros. Yo no lo puedo hacer, ni siquiera sé por qué han durado tanto tiempo. La última noche fue horrible..., no digo que nuestra pasión lo fuese, ni mucho menos, eso fue genial, pero después tuve que estar con mi chica y lo pasé fatal. Además, ¿si no quieres estar conmigo, para que me llamas?”

Clarisa está inmóvil. Le da igual la música.

“Porque me haces falta”, escribe casi sin aliento.

“Por eso he seguido, pero ya no es suficiente...”

Un minuto. Dos minutos. Tres minutos. Clarisa prefiere no contestar. Observa que las chicas bailan cada vez con menos energía y al poco, deciden salir de la pista. Eleonora va a su encuentro, le da una palmadita en el hombro y le hace comprender que se van. Camino de la puerta, algunas todavía contonean con gracia sus cinturas, resistiéndose a abandonar esas horas de placer. Clarisa sigue la misma dirección, pero no baila, mantiene los ojos clavados en la pantalla del móvil. Lee varias veces lo que está escrito, y tras darle muchas vueltas, traga saliva y borra toda la conversación.

La pantalla se pone negra y refleja la imagen de la Basílica de San Pedro, que se encuentra justo a su espalda. Ella se gira y comienza a divagar con sus pensamientos. Recuerda que Roma ha sido uno de esos deseos obsesivos que se había metido en la cabeza. Al mirar a la Basílica no puede evitar la sensación de agobio y cierto malestar consigo misma. Suelta una sonrisa y piensa en Gabriel dándose cuenta de que ya no hay nada más que hacer.

Es verdad que Roma no tenía la clave para descifrar sus dilemas, pero sí había encontrado una forma de unir lo que dictaba su mente con su forma de actuar.

Sus amigas continúan balanceando sus cuerpos al ritmo de la música escurriendo los últimos sonidos de la noche. Clarisa les imita animadamente.

## NÁPOLES

### Vidas al margen

*La mafia, la corrupción, la violencia. Ésos son algunos de los factores que hacen de Nápoles una de las ciudades más peligrosas del mundo. Mientras miles de jóvenes propagan la violencia por las calles, otros miles son víctimas de ella*

Nueve chicos esperan en la parada. Unos son más altos, otros más delgados. Los hay de todas las edades. Cuando el autobús se detiene y las puertas se abren, todos suben apresuradamente. Nada más entrar en el vehículo da comienzo la alterada conversación. A veces hablan todos sobre el mismo tema y gritan y se ríen al unísono, tan alto que ya no se escucha el ruido del motor. En otras ocasiones, se forman grupos de conversación de dos o tres personas, disminuyendo la cantidad de opiniones pero sin bajar los decibelios de la charla.

El resto de pasajeros los observa con detenimiento. Algunos estampan una mirada de rabia contenida. Es como si este grupo de chicos les hubiese interrumpido, como si les hubiesen quitado la concentración en un momento de gran importancia, aunque, en realidad, nadie estuviera haciendo nada relevante. Algunos parecen tener miedo. Pasean los ojos por los chicos de arriba hacia abajo con intenciones inquisitivas. Miran sus zapatos, sus pantalones cortos, sus camisas coloridas y ensuciadas por el trajín, sus gorras de grandes alas y les incomoda su presencia. Se fijan en sus movimientos con recelo porque piensan que uno de ellos se puede acercar para pedir algo: carteras, cámaras, móviles, ordenadores e incluso alguna vida. Después miran hacia fuera por la ventana oscurecida por la suciedad de aquel autobús antiguo, rezando para que el vehículo se detenga en cualquier momento.

Las conversaciones siguen rápidas y furiosas. El grupo de chicos es consciente de que llama la atención. Los chavales se han percatado de que la gente les mira con miedo y saben que el miedo genera respeto. Siguen hablando como si aquel autobús fuera una sala particular. Se apropian de todo lo que es común. Les da igual el volumen

de sus gritos y no respetan el espacio de los demás. Escupen a los usuarios cuando se ríen, pasan las manos por las barras de metal del autobús no importándole que haya otra persona apoyándose allí, mientras el vehículo sube la cuesta. Uno de ellos decide escuchar música y enciende su móvil. El rap suena fuerte.

Los del autobús empiezan a comprender. Han deducido que los chicos no se sientan porque carecen de billete y esa circunstancia los ha empujado a estar cerca de la puerta para salir lo más rápido posible en caso de apareciese algún guardia. Y no les parece correcto que personas que no tengan billetes puedan causar tanto alboroto. Dos jóvenes que están sentados en un banco frente a los niños, en medio del autobús, hablan alto entre ellos con la intención de que todos les escuchen.

—No comprendo porque ponen el volumen tan alto en un autobús. Deberían saber que no todos tenemos ganas de escuchar música.

—Sí, me parece un abuso...

La mujer que está en el asiento superior mira hacia arriba y balancea el cuello, hacia la derecha y hacia la izquierda, en un movimiento continuo de desaprobación. Parece tener unos 60 años. Un hombre, de su misma edad, que se encuentra a su lado, le anima.

—Estos chavales de hoy ya no respetan a nadie...

Algunos tienen la cara verdaderamente aterrorizada. No se manifiestan pero el miedo se les ha dibujado en el rostro, porque se hacen cargo de la situación. No ignoran que, a la par que la gente se muestra contraria a la actitud de los jóvenes, aumenta la sensación de peligro y les preocupa que pueda pasar algo serio.

El viaje prosigue. Uno de los chicos de más edad se aleja. Viste un zapato con cordones, un pantalón corto vaquero y una camisa azul. Lleva un tatuaje en el brazo, un gran corazón rojo y amarillo tras una cruz colgada en un collar plateado. El collar ultrapasa el antebrazo y sigue hacia el otro lado, en el cual se nota una escritura en latín del cual solo se puede comprender la palabra “Deus”. Siempre que los chicos hablan demasiado alto él emite un “shhhh” todavía más alto y les conmina a bajar el tono de voz. Todos obedecen. En un momento dado, el chico que estaba liderando a la parranda hace un comentario de dudoso gusto. Mientras todos se ríen, él mini líder mira hacia el chico del tatuaje y observa que su comentario no le ha hecho gracia y que él sigue mirando hacia la ventana, con indiferencia. El líder de la parranda entonces se gira nuevamente a los amigos más jóvenes, con aire de insatisfacción.

Una vieja hace señal al conductor indicando que se quiere bajar. Abandona su asiento y anda despacio hacia la mitad del autobús, donde se encuentran los chicos. Pide que le dejen pasar. Ellos no le escuchan. Alza la voz, grita solicitando que le dejen pasar. De mala gana, le abren un mínimo pasillo y siguen hablando, gritando y escupiendo como si no hubiera nadie. Ella está molesta. Se gira hacia uno de ellos:

—¿Puedes dejar de empujarme y estrujarme? Ya me bajo.

—¡No te estoy estrujando!

—Sí, lo estás.

—Yo no tengo culpa de que seas gorda y necesites más espacio que una persona normal para pasar.

Los chicos se ríen de la gracia, mientras que al resto de los pasajeros aquella situación les parece absurda. Emergen voces de todas las partes.

—¡Niños maleducados!

—¡Tienen que bajar!

Ellos se mantienen al margen y continúan riéndose. La señora que busca la puerta de salida está verdaderamente furiosa. Ha sido humillada. Sin pensarlo mucho, extiende el brazo hacia atrás y golpea, con fuerza, el estómago de dos de los chicos que están a su lado. El autobús vive un minuto de silencio. El conductor se pone a mirar por el espejo retrovisor. Uno de los chicos del grupo lanza ruidos mezclados con frases amenazadoras. Mientras la señora espera con calma su parada. Cuando llega, desciende apresuradamente.

Los chicos corren hacia una de las ventanas y la insultan. Los pasajeros salen en defensa de la mujer y los comentarios brotan de todas las partes. Muchos no hablan directamente, sino que emiten opiniones para los que se encuentran a su alrededor. Dos jóvenes se enfrentan al grupo e intentan explicar que la señora se comportó como a todos les habría gustado comportarse: desde que subieron al autobús sólo han perturbado la tranquilidad de la gente.

Una mujer emerge de la parte trasera en un estado que ha pasado de la molestia a la furia. Ya no habla, sino que grita y vocifera insultos a diestro y siniestro, como si ese estado de excitación le diera cada vez más fuerza.

Un hombre de aspecto maduro y camisa de rayas, está sujeto a la barra de metal y ha permanecido en silencio largo rato. Se gira hacia la mujer del banco trasero y le pide paciencia.

—Si quieres enseñarles que no deben gritar, no lo haga usted.

La mujer se calla. El hombre empieza a hablar con un colega que se encuentra a su lado.

—El problema de la gente es que cada uno piensa en sí mismo...

El chico del tatuaje de la cruz le mira y le regala una sonrisa. El hombre le pregunta.

—¿Estás con ellos?

—Sí, estoy.

—Ellos no necesitaban molestar a la mujer.

—Son unos guarros, estos niños.

Los dos se ríen. El hombre reflexiona sobre la situación de los chicos, porque piensa que el problema no le parece exclusivamente imputable a ellos.

—No tienen culpa de haber nacido pobres. La vida no les ayudó en nada.

## **Ciudad de colores**

Claudia acaba de volver a Nápoles. Está sonriente. Mira las cuevas de la ciudad desde la ventana de su coche. Respira profundamente el aire, una mezcla de olor del mar y de combustible. Entra en la ciudad. Apaga la radio. Abre los oídos para escuchar la ruidosa Nápoles. En aquellas calles estrechas, sin carteles, sin espacio para los aparcamientos, sin pasos de cebra, siempre hay pitidos de claxon. Tener un claxon es tan importante como tener ruedas. O así piensan los conductores, conocidos por ser los más nerviosos de toda Italia. Es común escuchar que quien conduce en Nápoles consigue conducir en cualquier ciudad, debido a su caótica circulación. Junto a las calles de piedras y a la mala señalización se le une que nadie respeta el semáforo, que la mayoría gira a la derecha o a la izquierda sin mirar lo que viene del lado contrario, que los motoristas no utilizan el casco y que montan tres personas, en lugar de dos, y ninguna lleva protección en la cabeza.

Claudia ya está acostumbrada a todo eso. Nápoles es un caos, pero a ella le gusta el caos. Desde que empezara a vivir allí, discutía con su padre por lo poco que regresaba al hogar familiar.

—Hija, si ya pasas toda la semana en aquella ciudad...

—No salgo de lunes a viernes porque tengo que estudiar... —disimulaba—y, además, los fines de semana hay un montón de cosa que hacer, papa.

—¿Ver a tus padres no es algo que tienes que hacer los fines de semana?

No contestaba. Le daba un beso en la frente, cogía algo de la nevera y se marchaba a su habitación. Dejaba su padre en el salón, con sus periódicos y su café. No podía convencerle de lo interesante que era la vida en Nápoles, al menos para una universitaria. Bares, fiestas, conciertos, bailes, más bares, teatros, cines, plazas con buen ambiente, festivales... en fin, una vida que seduciría a cualquier joven. Aunque Matera, su coqueta ciudad natal tuviera sus encantos, a Claudia ya le parecía demasiado pequeña y la gente demasiado provinciana.

En Nápoles no hay nada que recuerde a una provincia. Quizá, el alto del barrio Vomero, donde las calles cerradas para los coches hacen de algunas avenidas un verdadero punto de encuentro entre comadres, sea lo más parecido a un pueblo. O quizá, la playa de Posillipo, donde viejos moradores, siempre bronceados, ponen sus cañas de pescar entre las piedras y esperan pacientemente a que algún pez que no se haya muerto por el aceite de los barcos del puerto muerda el anzuelo, recuerde la tranquilidad provinciana. Sin embargo, Nápoles tampoco se parece a una moderna metrópoli. Los pocos rascacielos que hay, en la Zona Industriale, contrastan con una ciudad hecha de calles estrechas y edificios históricos.

Vista desde arriba, Nápoles es un encanto. Hay un montón de edificios, todos ellos de cuatro o cinco plantas, blancos, naranjas, amarillos. Casi todos llevan tejas rojas y balcones de metal lo suficiente grandes como para que la gente pueda poner todo el cuerpo en la calle y regar a sus plantas, que reciben el sol de la mañana. Hay también algunas cúpulas, verdes y platas. No existe una gran separación entre las iglesias y las otras construcciones, ni entre el resto de edificios, que tienen sus paredes pegadas unas a otras. Sólo les separa las estrechas calles en las que siempre hay un gran movimiento de coches o de personas. Por la otra parte de la ciudad, te encuentras el bello mar azul turquesa, con sus grandes navíos amarrados al puerto y algunos barquitos de veraneo que se apiñan al otro lado del Castel Nuovo. Al fondo, el grandioso volcán Vesubio y las cuestas de la ciudad.

Claudia está parada en el semáforo rojo. Observa el mirador del Castel Sant'Elmo, el castillo medieval que domina lo alto de la colina del Vomero y regala la mejor vista de la ciudad. Coge el móvil y mira a su fondo de pantalla: una foto panorámica de Nápoles que ella misma había sacado en la última vez que subiera allí. Le gustaban los colores. El semáforo se pone verde. Claudia deja el móvil en el asiento del copiloto, la luz aún está encendida. Ella mira una última vez a la tranquilidad de la



imagen antes de entrar en por el confuso centro. ¡Qué diferencia entre los que miran desde arriba y los que desafían la ciudad desde abajo!

Ni campo ni metrópoli. Nápoles tiene aires de periferia. Desde abajo, la ciudad no parece tan calmada. Hay centenares de vehículos, miles de personas. Mucho ruido, muchos colores, mucha información. Es un todo desorganizado. El comercio invade la calzada y los peatones invaden las vías. La pintura de los edificios es antigua y las paredes, destrozadas, tienen manchas negras por diversas partes. Los balcones están llenos de todo: macetas con plantas, banderas de equipos de fútbol, planchas de surf y ropa, mucha ropa. Cables y más cables de luz se cruzan entre las construcciones. Y aun así, todo eso, era de lo más bello que se podía querer. Claudia mira por la ventana y suspira. Ve belleza en el caos.

Un alboroto le hace frenar. Un coche y una motocicleta están parados, uno en frente del otro. El conductor de la moto se quita el casco, se arregla el pelo cano, y empieza a decir unas cuantas palabras al conductor del coche, que baja la ventana para contestarle. Hay muchos gritos y ademanes. Los dos bajan de sus vehículos refunfuñando y empiezan a pelearse. El de la moto le suelta una ostia y el del coche le da una patada en el pecho. Todo fue muy rápido. Otros conductores salen de sus coches para separar a los dos hombres. Claudia también abre la puerta y se levanta. No quiere separarlos, sino mirar mejor. Se maldicen una y otra vez, vuelven a sus vehículos y se marchan. Tras el altercado, todo sigue normal. Claudia sigue su camino, entra en el coche, y al girar hacia la derecha, percibe que su bolso está abierto. Le han robado la cartera.

## **Al margen**

Nápoles es exagerado. Entre tantos coches, es preciso tocar el claxon más alto que los demás para que perciban tu presencia. Entre tantos gritos, se hace necesario alzar más la voz para que alguien escuche tu mensaje. Entre tantos colores es obligatorio ponerse un pantalón fluorescente para que te miren. Es una de esas ciudades caóticas que fuerzan la personalidad. No se puede vivir en Nápoles como un desconocido. Hay que ser alguien para ser uno de ellos.

La mezcla cultural es una herencia de su historia. Fundada por los griegos en VIII a. C., estuvo en sus manos durante siglos, hasta ser dominada por el Imperio

Romano. Después, pasó a manos de los normandos. En el periodo medieval, los españoles camparon a sus anchas. Más tarde, se unificó al gobierno italiano y éste debe preservar su grandioso pasado. Nápoles ya fue la ciudad más importante de Italia gracias a su puerto y a la riqueza generada por el gran comercio de mercancías. Las malas administraciones tras la unificación italiana y la pérdida del título de centro comercial, hicieron que la ciudad entrase en decadencia. Nápoles se transformó en una gran aglomeración. Empezó a llegar gente de todas las partes buscando una vida mejor en el viejo continente, principalmente por el mar. Las viviendas fueron construidas desordenadamente, traspasando el límite municipal. Las costumbres, las religiones, las maneras de hablar, se mezclaron por completo.

Nápoles ganó aires de periferia. Aires que guarda hasta hoy. Esta cualidad dio a su gente un carácter fuerte. Las personas allí son diferentes. Hablan muy alto y de manera muy graciosa. Son brutos y amorosos a la misma vez. Machistas susurran frases inteligibles a las mujeres de ropas cortas. Trabajadores que llevan retraso cambian su ruta para llevar a algún turista perdido a un punto desconocido de la ciudad. Consumistas con los brazos llenos de bolsas atropellan a la gente por la calle. Camareros que nunca escuchan a los clientes, cuando paran para escribir sus pedidos, son simpáticos y graciosos. Agradecen la propina con “grazie mille” y gritos fiesteros. La gente allí es de grandes emociones. Muy alegres, muy tristes, muy vivos, muy rabiosos. Son plenos en cada momento.

En la diversidad de Nápoles es fácil sentirse cómodo. La incomodidad es causada por otras cosas, como la violencia que aparece en cada momento. El alma de la ciudad la sufre.

### **Delincuencia juvenil**

—Buenas noches. ¿Estoy hablando con la policía?

—Sí, ¿qué desea?

—Mi nombre es Claudia y me acaban de robar.

—¿Dónde fue?

—En la vía Cesare Rosaroll.

—¿Nos puede describir el caso?

—Hubo una confusión en mitad de la calle entre un coche y una motocicleta, hace poco. Aún era día. Los dos empezaron a pelearse. Al ver que la circulación estaba detenida, me bajé del coche para ver lo que estaba pasando. Cuando me senté de nuevo y me giré me di cuenta de que mi bolso estaba abierto y que mi cartera había desaparecido.

—¿Cuál es tu nombre?

—Claudia Calabrese.

—Claudia, vamos a ver si hay relatos parecidos al tuyo en la zona en la que te han robado. De momento, no hay nada que podamos hacer.

—¿Cómo que no hay nada que podáis hacer? Podrías ir a la avenida, ver si encontráis a ese ladrón.

—Él ya no estará allí...

—Pero eso no lo sabéis.

—Es que nadie roba y se queda en el mismo lugar. Normalmente la persona huye de allí.

—¿Y no hay cámaras por las calles?

—En la que tú estabas, no.

—¿Y no podéis ir a la periferia?

—No sabemos si el ladrón es de la periferia y no podemos salir a buscar tu cartera.

—No les parece importante, ¿no? Pues para mí sí lo es.

—Lo sabemos señorita. Vamos hacer lo que esté en nuestras manos. Mientras, tendrá que venir a la Comisaría para coger algunos documentos que la identifiquen, en tanto que se los hace de nuevo.

Claudia agradece y cuelga el teléfono. Está muy enfadada. Da un grito con la cara pegada a la almohada para no llamar la atención de la chica que estudia en la habitación de al lado. Se levanta y camina hacia la cocina. Coge un vaso de agua y vuelve al cuarto de huéspedes. Hace una lista con todo lo que tiene que hacer mañana: ir a la policía, volver a sacar dinero, llamar al banco para cancelar las tarjetas de crédito. Sólo hace lo último, que le parece más urgente, y deja el resto para otro día. Coge sus cosas y se va a la ducha.

“Ciudad de mierda” piensa para sí. Deseaba con tantas ganas volver a Nápoles y disfrutar de nuevo de sus amigas y de las fiestas, que había olvidado por completo todos los inconvenientes: el tránsito caótico, la ausencia de seguridad, el oportunismo de la

gente... Incluso se había olvidado de estar más atenta. Fue suficiente un instante de distracción para perder su cartera. “La culpa es mía”, se reprocha, resignada.

—CLAUDIA —grita su amiga, que acabara de llegar—. ¿VIENES HOY?

—¿DÓNDE? —contesta con el mismo tono intentando ahogar el sonido de la ducha.

—AL PISANO —se acerca a la puerta del servicio—. Todas las chicas estarán allí. Elena ha vuelto hoy y por eso han propuesto tomar un aperitivo más tarde.

—¿A qué horas te vas?

—En una horita. Tengo que cambiarme. ¡Me acabo de comprar un vestido!

—Y a mí me acaban de robar...

—¿En serio?

—Sí. Llevaron mi cartera.

—¿Cómo?

—He parado para mirar la pelea de un conductor y un motociclista y cuando volví al coche percibí que habían abierto mi bolso.

—Joder...

—Sí...

—¿Y ahora qué?

—Y ahora nada. Hoy salgo que no quiero quedarme en casa sola y nerviosa — abre la puerta del servicio y sale— Mañana voy a la policía.

—Y mañana sacas dinero y me pagas un suplemento por el tiempo que ocupas mi ducha y lo caliente que está el agua.

Las dos se ríen. Manuela va hacia el salón a coger su nuevo vestido y Claudia se dirige hacia el cuarto de huéspedes. Claudia se gira con los ojos hacia arriba sin paciencia. “Me pagas por el agua... blá blá blá”, imita a la amiga. Aquel era el primer día con Manuela. Coge la lista de tareas para mañana y escribe arriba del todo el numero de la propietaria del piso que había buscado en el internet. Pasa un bolígrafo rojo arriba de su letra. Manuela le había dicho para quedar el tiempo que fuera necesario o hasta que encontrase un nuevo piso para vivir durante aquel año. Claudia había sonreído al escuchar la última frase.

—Lo encontraré lo más rápido que pueda.

Es preciso buscar bien. Nápoles es la ciudad más poblada del sur de Italia. Tiene alrededor de un millón de habitantes, pero si se cuenta con la zona metropolitana que está físicamente unida a ella, casi roza los cuatro millones. La ciudad no es pequeña y

no es buena idea depender del coche o del transporte público. Vivir fuera del centro sería todavía peor. La periferia es bastante violenta. Secondigliano, por ejemplo, es uno de los barrios más peligrosos del mundo porque la Camorra Napolitana, la mafia más poderosa de Italia, tiene allí su centro de operaciones. En los periódicos locales siempre hay noticias de la mafia. “La Camorra controla 20% del Producto Interior Bruto de Italia”, “Los mafiosos tienen el poder de Secondigliano: allí no entra la policía”, “En los años noventa, el famoso barrio de la Camorra alcanzó el record mundial de homicidios”.

Claudia, por supuesto, no se fía de esa zona ni de ningún barrio de la periferia de Nápoles. Quiere vivir en el centro, y sus padres también, aunque eso les cueste más dinero. Mientras busca algo, pasará la semana con Manuela. Las dos son amigas de la facultad y se divierten juntas. Ella incluso le ofreció el cuarto de huéspedes, que está deshabitado desde que Andrea se marchó. Pero a Claudia no le gusta mucho compartir piso con amigas.

—¡Claudia! —Manuela entra por el cuarto sin pedir el permiso.

—¡Qué susto! ¿No ves que me estoy cambiando? —dice sujetando la toalla a la altura del cuello.

—Ah, perdón...—aunque no comprende el porqué de su sobresalto y sigue— Bueno. No pasa nada. Mira el vestido. ¿Qué te parece?

—¡Muy bonito! Pero... a ver, tiene demasiado brillo para hoy, ¿no?

—Nunca se sabe lo que pasará —parpadea el ojo y sale.

Claudia no sabe lo que elegir. Mira la lista de tareas en su cama y se pone nerviosa. El robo de su cartera le quita el ánimo para arreglarse demasiado, para maquillarse, para ponerse tacones.

—Y NO TARDES MUCHO ¡SALIMOS EN MEDIA HORA! —grita Manuela, desde su habitación.

Hace de nuevo aquella mueca de rabia. “Buscar a un apartamento. Será lo primero que voy a hacer”, habla para sí misma. Quita todas las ropas que tiene dentro de la maleta, apresuradamente. Coge la primera falda negra que ve y se la pone. Elige una blusa violeta. Se calza un zapato abierto, sin cordones. Cambia de pendientes y se pone de nuevo las pulseras. Su Tiffany plateada, regalo de su madre, es la única que no sale de su muñeca.

## Herencia violenta

El niño vuelve, corriendo, con los brazos hacia delante. Toma el helado de la mano de su abuelo, que está sentado en la silla del bar.

—¿Cómo se dice?

—Gracias.

El niño quita el plástico del helado y se lo da a su abuelo para que lo tire a la papelera. Comienza, impaciente, a lamer a su delicioso cohete hecho de fresa y vainilla. Lo hace con lentitud, esperando saborear cada pedazo. Con el tiempo, gotas rojas y blancas empiezan a caer del helado y ensuciar su mano. El crío, muy atento, intenta interceptar a las gotitas, entre una lamida y otra. Termina con las mejillas manchadas y su abuelo humedece una servilleta para limpiar la boca de su nieto.

Ambos se preparan para marchar. El anciano coloca la mochilita en las espaldas de su nieto y le coge de la mano. No le quiere dejar solo allí, en el alto del mirador del Parco Virgiliano, uno de los parques con la vista más bonita de la ciudad de Nápoles. El abuelo se detiene y mira hacia aquel bellissimo paisaje. Pedazos de tierra salen del continente e invaden el mar, creando escarpas finas, rodeadas por el agua. Agua de tonos azules, oscuros y claros. Las dos canoas que están en el mar indican que algunos privilegiados se divierten allí. “Son listos”, piensa el abuelo. El día realmente pide un baño salado. Al fondo está el Vesubio, fuerte, inconfundible. Tan alto que casi toca las nubes del cielo. Alrededor de la montaña, un montón de edificios. Son muchos, todos muy próximos. Desde lejos, parece que están pegados unos con otros.

El niño tira del pantalón del abuelo para llamarle la atención. Él lo coge en los brazos y se lo pone sentado en sus hombros.

—¿Ves los edificios cerca del volcán? —apunta hacia delante— aquello ya no es Nápoles. Es otra ciudad. Pero está al lado. ¿Es bonito no?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Sí.

—A mí también, cariño.

Se calla. No le parece el mejor momento para explicar a su nieto lo que ocurre más allá de la frontera, ni en los barrios napolitanos más alejados del centro. Aquella ciudad que él acababa de llamar bella, esconde en su interior un sinfín de problemas y por esa razón él quiere salir de allí. El deseo de cambiar de ciudad es común entre los

más viejos. No les gusta el tránsito caótico, la inmadurez de la policía, los barrios marginales, la violencia generalizada.

Los problemas de Nápoles empezaron con el surgimiento de la Camorra. Las mafias surgieron en el siglo XIV, en una sociedad en la que sólo los ricos y aristócratas tenían derecho a detentar el poder político y económico. A través de la extorsión y la especulación, se fueron haciendo cada vez más poderosos. A base de muertos encima de la mesa, ganaron el respeto de los más ricos, que empezaron a temer sus amenazas, y obtuvieron la simpatía de los más pobres, que veían en ellos una manera de protegerse del gobierno y burlar la ley. Con el proceso de unificación italiana, las promesas de bienestar y desarrollo no fueron cumplidas. La mayor parte de la población vivía en la miseria y la mafia se estableció como un poder paralelo.

Al contrario de la mafia siciliana, en la que los lazos de sangre son tenidos en cuenta para la proposición de la jerarquía, la Camorra no tenía ningún vínculo con la política. Ella prosperó con actividades de contrabando, soborno, extorsión y homicidio. Desde que su nacimiento, Nápoles vive en estado de alerta constante. Los habitantes de la periferia aprendieron a estar atentos y ser agresivos.

La mafia napolitana tuvo sus momentos de gloria y también su descenso a los infiernos. Su poder resurgió en los años 1980, cuando el contrabando de cigarrillos fue sustituido por el contrabando de drogas. La actividad hizo de Nápoles el principal mercado europeo de la droga, generando un movimiento de algo como quinientos mil euros diarios. Desde entonces, millones de empresas y comercios cercanos han sufrido ataques y robos. Otros millares cerraron sus puertas. Más de cuatro mil personas han muerto a manos de los líderes del grupo.

Es normal que los napolitanos sean agresivos o, por lo menos, aparenten serlo. Quizá, sea ésa la explicación para el gran número de jóvenes que lleva zapatos llenos de chinchetas plateadas y blusones sin manga como si perteneciesen a algún equipo de baloncesto. Tener aires de periferia les protege de los ataques de la periferia. En una ciudad así, es necesario defenderse. En la actualidad, dos de cada tres personas han sido víctimas de delitos violentos.

La policía recibe refuerzos a medida que la cosa se complica. Y el problema no aparece solo por culpa de la mafia. En medio de una cultura en la que impera la ley del más fuerte, muchos miran al crimen como una manera de ganar poder y respeto. En el verano de aquel año, por ejemplo, los delincuentes crearon un juego nuevo: el tiro al inmigrante. En el mes de agosto, cuando las calles de la ciudad están casi despobladas

por las vacaciones estivales, un grupo de jóvenes inicia su aventura nocturna. Los miembros del clan montan en sus motocicletas en busca de inmigrantes, principalmente subsaharianos. Cuando encuentran la víctima, sacan la pistola y le disparan.

El abuelo baja al nieto de sus hombros. Le pone en el suelo. Él empieza a correr parando frente a todo lo que no conoce, sobre todo en las plantas más coloridas. Un perro pasa por allí y el niño se agacha. Pasa la mano en su pelo marrón y recibe una lamida como agradecimiento. Él empieza a reír y gira la cabeza:

—¡Mira el perrito!

El abuelo sonríe plácidamente. Aquella era la ciudad que eligiera para su nieto, una ciudad en que un niño puede agacharse para hacer caricias en el perro de un desconocido, no una ciudad en que no se puede andar en autobús. El grupo de jóvenes que entrara en el vehículo en aquella tarde le había aterrorizado. Llevaba a su nieto en los brazos, en un banco luego enfrente a la pandilla. Pudo escuchar toda la discusión desde su asiento. No se giró en ningún minuto. Su nieto dormía en sus brazos.

Mientras los manifiestos dentro del autobús se hacían cada vez más altos, el abuelo intentaba mantener la calma. Tenía los ojos fijos en el paisaje, mientras el vehículo hacía una y otra curva, subiendo la cuesta hasta el Parque Virgiliano. Le encantaban los parques de Nápoles, y las playas, y las grandes plazas. Le encantaba, sobretodo, mirar a los niños jugando al fútbol. Lo hacían en todos los espacios abiertos de la ciudad. Un día pasara con su mujer, su hijo y su nieto por la galería Umberto I. En aquel espacio tan exuberante, con gruesas paredes de mármol, un centenar de ventanas renacentistas y una cúpula de hierro que se puede ver desde cualquier punto del centro de Nápoles, un grupo de niños aprovechaba el espacio para jugar a la pelota. Habían improvisado una cancha en los mosaicos del suelo de la galería donde, por la mañana, decenas de personas visitan sus tiendas. Algunas chanclas delimitaban el espacio de la portería y, de una hora para la otra, la galería se había transformado en el Stadio San Paolo, donde Maradona ha ganado importantes campeonatos con el Società Sportiva Calcio Napoli.

En menos de un minuto el niño se había acercado a los chicos, que le habían integrado en uno de los equipos y empezado el campeonato. Había chavales de diferentes edades e incluso una niña. Algunos seguramente vivían en la calle, mas como la imaginación infantil es potentísima, todos se creían el mismo Maradona, el más grande entre los más grandes del deporte rey.



En aquella noche, Nápoles supo cautivar al abuelo. Nápoles le cautivaba una y otra vez: siempre que él pensaba en dejarla allí estaba su paisaje, su buena gastronomía, el buen precio del comercio local, la amabilidad de su gente. Pero hoy había llegado al límite.

## La juventud

La mesa está repleta de vasos vacíos. El camarero llega en pocos minutos con una bandeja con cerveza fresca. Cambia unos vidrios por otros y recibe una salva de aplausos de las chicas, seguidas de gritos de admiración: “¡Muy bien!” y “Tú eres el mejor”. Siguen hablando animadamente.

—... y entonces me preguntaron ¿estás fumando?

—¿Qué contestaste?

—Que sí. Todos fuman.

—¿Y les sorprendió mucho?

—A ver, no les gustó la idea, pero saben que ya no pueden hacer nada.

—Ah... yo que sé... yo negaría.

—¿Y para qué? —pregunta una de las chicas en la otra punta de la mesa.

—Evitar aburrimientos—encoje los hombros.

—Pues yo lo veo bien —se manifiesta la chica que está en medio de la mesa—  
Ellos han preguntado, ¿no? Muy bien, has contestado. Ellos quisieron saber.

—Mejor así, ¿cierto? —le preguntan. Algunas empiezan a reírse.

—¿Qué pasó contigo?

—Bueno, mis padres lo descubrieron, justo un día después de que yo les dijera que no fumaba.

—Pero no encontraron a un cigarrillo normal... —completa la chica que está a su lado.

Todas sueltan varias risotadas, que suenan con estruendo. En el periodo de vacaciones no hay mucha gente por la calle. Cuando las clases empiezan, a principios de septiembre, Nápoles recupera su pulso y vuelve a su ritmo habitual. Con cinco universidades, la ciudad es uno de los centros de estudios superiores del sur de Italia que más estudiantes recibe a lo largo del año.

A ellos están dirigidos la mayor parte de los eventos nocturnos de la ciudad, como conciertos, fiestas y festivales. También son ellos los que disfrutan con asiduidad de los bares de copas del casco antiguo y de las plazas locales, donde se ponen a charlar en las fuentes, siempre con botellines de cerveza y cigarrillos de liar. Claudia enciende uno de los suyos.

—¿Qué vamos hacer hoy?

—Yo he pensado en ir a la plaza Bellini. Allí encontraremos el único sitio con gente.

—A mí me parece una buena idea, yo no quiero recogerme muy tarde porque mañana tengo una cita con la propietaria de un piso que estoy mirando.

—¿Dónde es? —le pregunta una de sus amigas.

—En frente a la facultad de Letras. La ubicación es buenísima.

—Mejor que tu piso antiguo, que se encontraba en la cuesta que sube hacia el mirador del castillo.

—Ufs... era terrible. Me daba mucha pereza subir aquello.

—Por lo menos ponía tus piernas firmes —interrumpe otra de ellas— yo no estoy haciendo ningún ejercicio.

—Sí que lo haces —comenta la chica del porro— huyendo de los motoristas que conducen sin casco todos los días.

—De hecho —se ríe— eso lo vivo todos los días en el Quartieri Spagnoli.

—Yo jamás viviría allí —dice Claudia.

—Porque puedes pagar por algo mejor.

—No, es porque ella no quiere que le roben su pulsera de Tiffany.

Todas se ríen. Claudia hace señales de aprobación con la cabeza y balancea el brazo haciendo con que sus pulseras suenen. Da un trago en la cerveza y estimula a las demás para que hagan lo mismo. Quiere ir a la plaza lo más pronto posible. Piden la cuenta, pagan y se marchan.

Los edificios que rodean la Piazza Bellini provocan un silencio majestuoso que hace pensar a los que allí no se encuentran que el lugar está vacío. Sin embargo, la plaza está siempre llena, como esta noche calurosa. Los bares no disponen de terraza suficiente para todos los clientes y éstos se apoyan en los coches que están aparcados alrededor del recinto o en las vallas de metal que bordean la estatua del compositor italiano que da nombre a la plaza. Su buen ambiente ha favorecido que la Piazza Bellini

sea uno punto de encuentro de lo más atractivo para los jóvenes. Las amigas de Claudia se han detenido justo en frente de un bar.

Claudia, a esas horas, se había olvidado del robo de por la tarde. Cruzaba la calle y volvía una y otra vez, con un botellín en la mano. Solo se acordaba del sucedido cuando iba a sacar dinero. Se llevaba la mano al bolso, lo palpaba con detenimiento y no encontraba su cartera. Miraba al cielo como quien dice “claro...”. Luego sacaba unos billetes sueltos del bolsillo del pantalón.

—¿Dónde compramos Heineken? —pregunta a dos jóvenes apoyados en un coche.

—En aquel bar —apunta para el otro lado de la plaza.

—Hum... tienes acento milanés.

—De allí soy. Milán. Mucho gusto, Eduardo —extiende la mano.

—Mucho gusto, Claudia.

Bastaba una frase tonta para conocer a alguien en aquella plaza. La noche seguiría así, animada, regada con cerveza fría y salpicada de tonterías. Claudia ya conocía el carácter de la noche napolitana y ansiaba por volver a ello. El ambiente siempre está marcado por la mezcla de todo. Jipies, groupies, pijos, frikis; personas de diferentes nacionalidades y distintos acentos. Grupos de diferentes gustos que coincidían en la edad sentimental, porque en la real había diferencias sustanciales. Sin embargo, las chicas de dieciocho años se comportan como personas adultas, mientras los hombres treintañeros se entremezclan con otros de menor edad para parecer todos más jóvenes.

## **El polvo blanco**

Luis vende caramelos en la Plaza Bellini. Llega sobre las cinco de la tarde con una mochila y una tabla de metal bajo el brazo. Abre las piernas de la mesa, se asienta en el escalón bajo la estatua de la plaza y empieza a sacar los dulces. Él los arregla con cuidado, uno tras el otro, hasta terminar con los paquetes que lleva en la mochila. Los camareros de los bares cercanos le tratan con familiaridad, le saludan con un grito y alzan la mano hacia arriba, a la moda provinciana. Luis repite los gestos, una y otra vez. A veces son los vecinos, a veces los niños que viven en el barrio. Él ya conoce a gran

parte de las personas que viven allí. Frecuenta la plaza todos los días desde hace dos años.

—¿Cuánto es el paquete de chuches?

—Éste está a un euro.

Los chuches a un euro. Los caramelos duros, a dos euros. En el mes de julio empieza también a vender cacahuetes y almendras: un euro el paquete.

Luis salió de España hace tres años. Cogió sus cosas y se compró un billete de avión para Nápoles con la esperanza de poder trabajar en el puerto con su primo, que como estibador, ganaba mucho dinero y tenía una buena vida. Su primo, en poco tiempo, había comprado una casa, un coche y estaba siempre de fiesta. Le llamaba todos los meses y le invitaba a que se fuera. “No seas cobarde. No hay nada que perder aquí. Yo te voy a hacer mi colega de trabajo. Vas a ver”. Cuando Luis perdió el empleo de obrero en Tarragona, hizo las maletas y se marchó.

Ver a su primo de nuevo fue una gran alegría: hacía dos largos años que aquellos amigos de infancia no se daban un abrazo caluroso. Ya en la primera semana, Luis ocupó una plaza vacante, como limpiador de los almacenes. En el primer mes ya manejaba con suma destreza casi todo. En el segundo entabló amistad con gente de los otros sectores. En el cuarto mes vio un polvo raro saliendo de un contenedor.

—Ey... Ey. ¡Primo! ¡Primoooo! —gritaba desde lejos.

—Luis, por Dios... ¿Qué te pasa?

—Dentro de uno de los contenedores... tiene un hueco... está todo por el suelo... Es polvo. ¡Polvo blanco!

—Espera, espera... A ver, que no te comprendo. ¿Qué pasó?

—Creo que uno de los contenedores tiene cocaína.

—¿Lo crees?

—Casi seguro.

—Um... esto no es tema para nosotros — se colgó la toallita llena de sudor de nuevo en los hombros y le dio la espalda.

—¿Cómo? —le espetó, siguiéndole— ¿Y no vamos a hacer nada?

—¿Qué pretendes hacer? —se gira nervioso.

—Yo que sé... hablar con el jefe. Además, nos puede venir bien, Puede depositar en nosotros más confianza y darnos salarios mejores.

—Aquel viejo no nos va a dar ni una cucharita de azúcar. No es nuestro compadre. Y ésta no sería la primera ni la última vez que alguien encuentra algún tipo de droga por aquí.

—¿De verdad?

—No me vas a decir que no lo sabías...

—La verdad es que no... ¿Tú lo sabías?

—Yo lo he entendido... pero nunca he visto nada —disimula—. Y todavía no lo estoy viendo. Así que me da igual.

El primo de Luis se alejó a pasos agigantados, como si no hubiera escuchado la conversación, mientras, él le miraba sorprendido.

—PUES SI NO VAS TÚ, ¡VOY YO! —gritó andando en dirección opuesta.

El primo le alcanzó con gran rapidez. Le tocó, le giró, le sujetó los hombros y mirándole a los ojos le soltó muy seriamente.

—No hagas nada.

—¿Qué pasa? ¿Estás metido en eso?

—No.

Insiste, alzando la voz.

—¿Estás metido en eso?

—No es que esté metido... pero lo sé. Yo lo sé. Si dices al jefe las cosas se van a poner feas...

—¿Es una amenaza?

—No, no. No es una amenaza. Pero te pueden amenazar a ti, ¿comprendes? Esta gente es muy poderosa.

—¿Quién es esta gente?

—Los traficantes.

—No me puedo creer que estás metido con los traficantes...

—No estoy metido con los traficantes... ¡joder!

—¿Entonces porque sabes tanto? ¿Y por qué los defiendes?

—Porque así debe ser.

—¿Y por qué?

—Muy sencillo: o los defendemos, o morimos.

Luis se alejó. En cinco minutos llegó al servicio de su almacén, se quitó el uniforme, se vistió su ropa, cogió sus cosas y se marchó. Había averiguado que su primo estaba metido en ese jaleo, aunque sabía que jamás lo iba a reconocer. No hacía

falta. Él lo sabía. Era imposible haber ganado tanto en tan poco tiempo. No lo comprendía ni lo aceptaba.

Salió por Nápoles en busca de un empleo y lo contrataron de recepcionista en un hotel, pero no tardó mucho en ser despedido debido a su mal italiano. Luego trabajó como camarero algunos meses hasta que el bar de la periferia donde servía el café cerró. Un día compró un paquete de chuches, lo vendió por un poco más en un lugar estratégico y ganó algo de dinero. Desde entonces busca las puertas de las fiestas para vender su mercancía. Hace tiempo que pasa las noches en las plazas más concurridas de Nápoles en las que instala su puestecillo para vender sus caramelos. Con el dinero de la semana puede pagar algunos gastos: agua, luz, la cuenta del móvil. A veces piensa en buscar un empleo, pero le gusta el ambiente de la plaza Bellini o el de cualquier otro sitio al vayan los estudiantes italianos: llenan el ambiente de sonrisas.

## **PULLA**

### **La búsqueda de lo auténtico**

*El turismo crece en la región de Pulla. Mientras italianos y extranjeros buscan la belleza de los pueblos de color blanco y playas de matices azules del tacón de la bota, los autóctonos intentan adaptarse al movimiento sin perder sus rasgos más típicos y su peculiar estilo de vida marcado por el sosiego y el orgullo sureño*

Siempre me dijeron que el sur era la parte más pobre de Italia y yo realmente esperaba ver algo no contaminado por la modernidad. Bosques vírgenes, chorros de agua cayendo de las piedras, ciervos cruzando las vías del tren... Pero yo solo veía olivares. Campos y más campos de olivares. Era el único paisaje con el que me tropecé cuando iba camino de la región de Pulla, el tacón de la bota.

No digo que me quedase desilusionado. Al revés, el color verde oscuro de las hojas de los árboles era bastante bonito y la manera en que estaban dispuestos a lo largo de los terrenos también. Ese detalle me llamó la atención. Normalmente, las plantaciones están compuestas de árboles del mismo tamaño, puestos cada uno a un lado, en líneas rectas, en espacios limitados, en terrenos de dimensiones determinadas. Allí no, cada árbol tenía una altura y un tamaño diferente y todo el espacio del mundo para desarrollarse. Parecían haber surgido de la tierra sin querer. Pero han sido plantados, uno tras otro. Y una región llena de plantaciones, aunque hechas de manera natural, no era exactamente el concepto de “región intocable” que yo tenía en mi mente. Sí, guardaba un toque salvaje, es decir, toda la región de Pulla estaba salpicada de algo salvaje, pero no de la manera que yo imaginaba.

Pensaba en Milán. En mi querida Milán se encuentra lo moderno por todos los rincones. Tenemos rascacielos de más de cien metros de altura, edificios de cristal, industrias internacionales. Nos llegan coches importados y disponemos de grandes centros de exposiciones. Todo es grande, bonito y lujoso. La gente viste a la moda y los bares y restaurantes sirven comida hecha por chefs de la alta cocina italiana. Hay

siempre muchos espectáculos en los teatros, películas en los cines, exposiciones culturales, festivales en las calles. Milán se torna todo día más atractiva, si cabe.

Tenía la cabeza puesta en mi ciudad cuando el tren entraba en Bari. La capital de Pulla era todo lo contrario. La ciudad estaba llena de edificios con pocas plantas y todos bastante antiguos. En lugar de espejos, paredes desconchadas y balcones con ropas tendidas. Ninguna señal de la presencia de hoteles lujosos o de restaurantes lujosos. Desde los barrios más alejado del centro ya se podían ver los campos de olivares — siempre ellos— que se extendían por muchos y muchos quilómetros. Pero, si gran parte del terreno de Bari ya había sido manipulado por las manos del hombre, ¿por qué se decidieron por plantaciones de árboles y no industrias? Con ellas se podía generar más empleo, combatir la crisis. Podía ser más parecida a Milán y dar un poco de estabilidad a sus ciudadanos.

Ya tenía todo el plan de negocios en mi mente cuando Stefano llegó. Aparcó el coche, apagó el motor, abrió la puerta y empezó a caminar hacia mi dirección. Llevaba zapatillas sucias y un pantalón corto con algunos rasgones. La barba larga le hacía parecer un beduino. Anduvo con tamaña lentitud que Sara salió del coche y me saludó antes de que él alcanzase a hacer la mitad del camino.

—¡Te echaba de menos, amigo! —Sara saltó a mi cuello y su melena se puso ante mis ojos y me quitó la visión. Su pelo estaba más largo que la última vez que la vi y su piel más morena. Yo estaba loco por ponerme el bañador e ir a la playa a coger un poco de color.

—¿Cómo fue el viaje?

—Nueve horas en un tren..., pero las he pasado leyendo a Ana Karenina.

—¿Qué pasa, Giovanni? ¿Cómo estás?

—Muy bien. Tú eres Stefano, ¿no? Mucho gusto.

—Mucho gusto —Stefano llevaba un cigarrillo en la mano izquierda. Cuanto más se acercaba, más se sentía su olor a humo.

—Mira amigo —dijo Sara—, esta es Alicia.

—Hola Alicia, ¿qué tal?

—Bien. Encantada.

—Nos hemos retrasado. De verdad, lo siento —dijo Stefano. El cigarrillo pendía del canto izquierdo de su boca. Lo sujetaba como si ya estuviera encendido, como si lo estuviera fumando. Vio a una desconocida y se giró hacia atrás— Perdón, ¿tienes fuego? —le prestaron el mechero. Dio una calada lenta...



—Estábamos en la playa y se nos fue la hora —completó Sara.

—Aaah, no pasa nada.

—Bueno... vamos a poner tus cosas en el coche.

Colocó mi maleta en el maletero, del que salió un olor a pasta recién hecha y aceitunas hervidas. Solté un “hummm...” espontáneo que me salió del alma.

—Es focaccia —terminó el cigarrillo y tiró el pitillo al suelo. Sopló el humo hacia la derecha— Compramos en una panadería en el centro de Bari que me encanta.

—Genial. ¿Dónde vamos a comer?

—Siento informarte pero vas a viajar de nuevo —cerró las puertas—. Por lo menos ahora tendrás compañía.

## **Ciudad de moda**

Era la primera vez que iba a dormir en un trullo. Paseé por las habitaciones mirando la anchura de sus paredes. Algunas debían tener más de medio metro de piedra. Piedras y nada más. Todo lo que yo sabía era que los trullos eran construcciones antiguas, muy comunes en la región. Eran las casas de las familias pobres. Tenían paredes circulares de color blanco y techos ovalados de color negro, similar a las casas de los Pitufos.

El trullo de Stefano no era exactamente como los típicos. En los días de hoy ninguno se asemeja a los antiguos. La casa tenía tres techos ovalados blanquísimos, así como las paredes. Por fuera estaba revestido con una capa de hormigón y otra de tinta, una medida que garantizaba su anclaje. El trullo también tenía un techo recto, que parecía haber sido construido hace poco tiempo. Parte de ello tapaba la cocina y la otra parte era abierta, formando un gran balcón. Allí se ponía una mesa, donde Sara acababa de poner la focaccia.

—La casa es muy bonita.

—Muchas gracias, Alicia.

—¿Por qué tus padres la han construido así? —era imposible no reírse. Alicia no era tan ignorante como pudiera parecer, solo un poco distraída. Preguntaba cosas que le habíamos acabado de explicar, con una dulce voz de niña. También comía como los críos actuales, pues el aceite de la focaccia se le escurría entre sus dedos.

—No, no. Mis padres lo han comprado así. Éstas eran las casas de los antiguos moradores de Pulla —no me gustaba como hablaba el beduino. Tenía un aire de superioridad al explicar las cosas que me ponía los pelos de punta— lo hacían así porque era la única manera de construir los techos sin que se cayeran. En aquella época no había hormigón.

—¿Hace cuánto tiempo que tu familia tiene el trullo?

—Hace unos 15 años —Stefano se sirvió más vino y prosiguió— En la actualidad tener un trullo es muy caro. Mis padres lo compraron cuando estos tipos de construcciones aún eran baratas. Nadie sabía apreciar a la belleza de estas casas primitivas —seguía con la botella en las manos— ¿Alguien quiere más vino? ¿Giovanni?

—Sí, claro. Entonces dime, Stefano, ¿es caro tener un trullo?

—Ahora sí. Si mis padres tuvieran que comprar uno hoy, no podrían hacerlo —aquella falsa modestia...— Esta región se ha revalorizado mucho, incluso la parte en que no hay trullos, como Ostuni. Vas a ver Ostuni: lleno de boutiques y bares pijos. Está perdiendo su esencia.

¿Cuál sería la esencia de una pobre ciudad del interior? A mí me parece genial que la gente emprenda, que abra restaurantes elegantes, bares de copas modernos, tiendas de ropa a la moda. ¿Además, de qué puede sobrevivir un pueblo en los días de hoy? El turismo me parecía una buena opción y a éste hay que seducirlo con otros productos de calidad.

Ostuni me pareció una ciudad bellísima. Las construcciones no tenían nada más que tres plantas y estaban pegadas unas a las otras. Los edificios eran blancos y beige, pues habían sido construidos con la piedra calcárea de la región de Pulla. El suelo también estaba hecho con esa piedra y por eso llevaba los mismos colores. El verde y el rojo eran los colores predominantes en las puertas y ventanas.

Había un ambientazo. La gente de la ciudad supo muy bien como mezclar lo antiguo con lo moderno. La primera evidencia te salta en los ojos en cuanto desembocas en a la plaza principal, repleta de mesitas y sillas coloridas bajo sombrillas blancas que, a media tarde, decoraban el ambiente y por la mañana ayudaban a proteger a las personas del sol en aquella ciudad sin árboles. El segundo rasgo de esa particular mezcla se aprecia al pasear por sus callejuelas oscuras, iluminadas por quinqués de metal. Entre una vía y otra, te tropiezas con varios bares modernos. Muchos de ellos utilizaban los escalones de la calzada para poner sus pufs, almohadas coloridas y

mesitas bajas, a la altura de las rodillas. Uno de los locales por el que pasamos tenía música ambiente y proyectaba estrellas violetas en la pared blanca de la casa en frente. Un establecimiento tan singular sería envidiado por cualquier restaurante milanés, lo aseguro.

Stefano pasaba por esas callecitas y bares sin prestar mucha atención. Cruzamos la última esquina de Ostuni. Al bajar las escaleras, llegamos a un muro que protegía el pueblo del mar. En aquella calle estrecha no había nada, ni gente, ni ruido.

—¡Ah, la tranquilidad! —encendió otro cigarrillo.

—¿Nunca vienes a Ostuni?

—Antes sí. Venía mucho con mis padres. Pasábamos toda la tarde paseando por estas calles pequeñas. Por la noche ellos iban en un bar, pedían su cervecita y se ponían a charlar con los moradores de la ciudad. Era mucho más típico, mucho más bonito que ahora. No había ninguno de esos restaurantes con música alta perturbando a la gente. En estos días, a estas horas, ya no ves a nadie viviendo en la calle... —yo no esperaba que él fuera hacer de la respuesta un monólogo sobre Ostuni antigua. Le escuchaba sin estar ni a favor ni contra. Creo que toda aquella historia de que la ciudad ya no era tan bonita me parecía un gran síntoma de nostalgia.

— ¿Te gusta, no?

—¿Qué?

—Ostuni.

—Bueno, sí. Es una bella ciudad...

Stefano giró la cabeza hacia la izquierda sin quitar sus ojos de los míos. Sopló el humo para fuera.

—Eres milanés, ¿cierto?

—Sí.

—¿Qué estás estudiando?

—Ingeniería de la edificación.

—Hum... —dio otra calada. Volvió a girar la cabeza para soplar el humo.

Apagó el cigarrillo en el muro y guardó el pitillo en una caja

— Milán es... interesante. Pero yo no aguantaría vivir allí.

—A mí me encanta. Pero te comprendo, es una ciudad mucho más agitada que Bari.

—Yo no vivo en Bari, vivo en Viena —¿Viena? ¿Por qué él vivía en una capital grande y moderna como Viena? no pude disfrazar mi sorpresa— pero tengo la suerte de volver en las vacaciones.

Quedamos en volver al trullo para poder ir a la playa bien temprano. Pasamos por el mismo camino que hicimos la primera vez. La bella Ostuni con sus bares elegantes seguía de fiesta. Nos cruzamos con pocas personas por la calle, y entre ellas destacaba un simpático borracho que paseaba, con torpe andar, por los callejones oscuros. Me impactó ese personaje y miré hacia atrás para ver lo que iba a hacer. Sin pensar mucho, abrió las piernas y vomitó dos veces. El blanco del suelo de Ostuni ganó tonos rojizos. Los que estaban a su alrededor soltaron un chillido de asco. La chica que estaba a su lado, sin perder mucho tiempo, sacó un par de pañuelos y se los dio para que pudiera limpiarse la boca. La escena fue repugnante.

### **Pelea conservadora**

Pulla ha recibido turistas desde hace años. El volumen siempre fue irrelevante para la economía, pero en los últimos años esta actividad ha ganado una importancia fundamental en la región. Muchos de ellos llegan en barco desde otros países del Mediterráneo, y otros tantos aterrizan en avión. A pesar de ello, todavía son los italianos los que más cogen el coche y marchan en la búsqueda de las bellas aguas azules de la cuesta mediterránea y los encantadores pueblos blancos. Por cierto, también son los italianos los que llenan las playas de Pulla durante el verano, como comprobamos con la que elegimos.

Torre Guaceto fue declarada reserva natural en el año 2000 a causa de su flora y fauna marinas. El título no sirvió para ahuyentar a los turistas, muy al contrario, todos los que están de vacaciones en unos doscientos kilómetros a la redonda cogen el coche con la intención de pasar un día, dos o tres, en una de las playas más lindas de la región. En cuanto llegan a este paradisíaco paraje se percatan de que centenares de personas han tenido la misma idea. Nosotros, a pesar de los consejos de Stefano, decidimos e insistimos en pasar el día en la bella reserva natural de Torre Guaceto.

Desde muy lejos destacaba el gran número de sombrillas coloridas clavadas en la arena. Cerca de la playa no había ninguna construcción, solo un quiosco, una docena de parasoles de paja y sillas de madera puestas por el hotel que se encontraba en el otro

lado de la carretera. Todo lo demás había sido traído por los turistas, como nosotros. Yo no me podía quejar, pues era verano, había salido de Milán y decidí pasar unos días en la playa con mis amigas de intercambio, aunque eso supusiera compartir el paraíso de Torre Guaceto.

—A que son muy guapas.

—A mí me encantan.

Stefano y Sara giran la cabeza para ver a una chica pasar. Ella pone la mano en su pelo, color castaño oscuro, intentando sujetarlo contra el viento. Tiene la piel dorada de sol. Su bikini es pequeño y deja mitad de su culo expuesto, sin parecer vulgar.

—El cuerpo de las italianas es precioso... —afirmó Stefano mientras se giraba hacia Sara, dándose cuenta de que estaba haciendo esos comentarios a una mujer— aunque me suena raro decir estas cosas delante de una italiana.

—¿Y por qué? Sí yo estoy de acuerdo.

—Claro. Eres italiana.

Yo estaba tumbado en la toalla, bajo el sol, esperando que Stefano lanzara su ataque final y terminara aquella noche en la cama de Sara.

—El problema de las italianas aparece cuando empiezan a hablar.

Me puse los auriculares. Quería escuchar algo de música y yo ya estaba seguro que Stefano seguiría durmiendo solo.

—Claro... eso es porque los hombres sólo hablan cosas interesantes.

—No, no tiene nada que ver con lo que habláis. Incluso deberíais hablar menos en serio... —Escuché a los dos riéndose todavía más alto que la música que sonaba en mis auriculares. ¿Sería posible que Stefano revirtiese el mal comentario?— La cuestión es que sois muy conservadoras, pero yo no os juzgo porque las enseñan a ser así, y claro, quieren que todo sea perfecto.

—¿Qué dices? —preguntó Sara, acompañada de una risa incomprensible.

—Cuando a un hombre le gusta una chica, o se enamora..., yo por ejemplo, si me enamorara de una italiana, nunca le daría todo lo que ella pidiese, porque como desean que todo sea perfecto, lo exigen todo.

—Estoy confusa...

—Mira, yo tuve una novia en Viena y fue la relación más tranquila que he tenido en mi vida. No nos separamos de nuestros amigos y tampoco nos peleamos. Todo siguió igual que antes, salvo un pequeño detalle, al final de la noche nos acostábamos juntos —en ese momento, yo mismo me puse a pensar en las relaciones que tuve. De hecho,

ninguna de ellas se parecía a la que acababa de describir— Aquí, cuando una pareja empieza una relación, uno organiza su vida en función del otro, principalmente la mujer. Y discuten demasiado por los detalles más intrascendentes. Cuando no hay problemas y todo marcha relativamente bien, la mujer crea uno para calentar la relación, o vete tú a saber por qué.

—Sacas esas conclusiones de manera muy precipitada... —contestó Sara con la voz embargada.

Los italianos son conservadores. No se podía no estar de acuerdo con esta afirmación. Lo somos en el norte, en el centro, en el sur. Llevamos a nuestros padres para elegir nuestras ropas y nos vestimos con camisas de botones para ir a misa. ¡Vamos a la misa! Somos machistas. No respetamos la opción sexual de nuestros congéneres — y de esto yo tenía conocimiento de causa. Queremos a nuestra comida como a nosotros mismo. Saque a un italiano de su país algunos meses y verás lo que haría por conseguir una pizza con tomate fresco y mozzarella de búfala. Y con el tema de la familia la cosa se complica todavía más. Es la institución más fuerte del país a la par que la más grande y escandalosa. La típica familia italiana, aquella que se pelea mucho y se quiere el doble, parece sacada de una película. Y a pesar de vivir en ese ambiente complejo, todos quieren el final feliz: formar una familia. Y, claro, para eso, es obligatorio casarse.

Las parejas italianas son un tanto raras, es verdad. Tanto a los hombres como a las mujeres les gusta defender que son independientes, por eso cuando salen juntos son poco cariñosos. Apenas se dedican unos abrazos y unos besitos. Es posible salir con una pareja sin que sus acompañantes sepan que lo son, pues casi que no se hacen arrumacos y jamás se presentan como novios. Nunca pierden sus nombres. Paradójicamente, esa actitud provoca muchas peleas entre ellos. A veces éstas vienen motivadas por los celos o por la ausencia de los mismos. En fin, quizá la explicación de esta forma de comportarnos está en que somos pasionales, creo incluso, que hay una razón cultural en nuestro comportamiento. Stefano tenía razón cuando lo decía.

## **La perla de la Pulla**

A mí no me importa que haya bastante gente en las playas llenas, siempre y cuando no estén atestadas. Torre Guaceto contaba con un número de personas aceptable. Tuvimos suerte de no encontrarnos uno de esos días en los que no te puedes ni mover.

Pero Stefano no estaba satisfecho. Él nos quería mostrar una playa de Pulla con todos sus ingredientes. Conducía rápido por la carretera que nos llevaba hasta el pueblo de Polignano.

—Ya he entendido ese nombre...

—¿Polignano? —me miraba por el espejo retrovisor— No es una playa totalmente desconocida. Además, ésta es la ciudad del cantante de “volare”

—¿La música? —irrumpió Alicia.

—Sí, la música.

Los gritos de *volare* y *cantare* fueron nuestro hilo musical de fondo durante todo el trayecto. La única cosa capaz de interrumpir nuestro canturreo fue el suspiro de Sara. Cuando lo hizo, todos paramos y giramos la cabeza hacia la izquierda. En aquellos momentos estábamos pasando por el puente de la ciudad de Polignano sin habernos dado cuenta. Desde la ventana del coche se divisaba una playa pequeñita con un mar de un increíble azul cambiante. ¡Era preciosa!

Tenía alrededor de unos 200 metros de anchura y no podía extenderse más a causa de los grandes acantilados. Por encima de ellos, ya podíamos ver parte de las casas del pueblo. Mirábamos el paisaje boquiabiertos, alucinados, sorprendidos, casi extasiados. Stefano estaba ufano y se le dibujaba una sonrisa maliciosa en el canto de la boca.

Fuimos directamente a la playa, donde había unos cuantos turistas aprovechando el fin de tarde. Pusimos nuestras toallas en un suelo hecho de piedras y saltamos al mar. De cerca, se veían las imperfecciones perfectas de los acantilados. La erosión incansable del agua había hecho pequeñas cuevas en los pies de la roca por donde se podía entrar nadando. En aquellos grandes huecos el azul era todavía más azul y el sonido de las olas parecía más fuerte. Mis acompañantes se quedaron, mas yo seguí nadando y observaba cómo los acantilados se quedaban estancados. En poco tiempo me vi en pleno mar abierto flotando con la barriga hacia el cielo.

Regresé pronto. Los acantilados también formaban escalones por los que se podía subir. Las chicas siguieron en el agua, pero Stefano y yo nos pusimos a escalarlos. Desde allí se podía ver todo el paisaje desde una atalaya diferente. Las rocas, el agua azul, las piedrecitas de la playa, el puente de arcos y el pueblo, tomaban un tono violáceo por la cercanía de la caída de la tarde que nos cegaba.

—Yo estoy enamorado.

Stefano se rió. Acepté la respuesta.

—No, en serio. ¡Esto es precioso!

—He acertado en traeros aquí, ¿no?

—Totalmente.

—Sabes... —sujetó el aire en el pecho como si quisiera decirme algo. No dijo nada por algo de tiempo. Yo le seguía mirando— ... a mí también me encanta esta ciudad, por eso temo por ella.

—No comprendo.

—Temo que pierda eso —extendió uno de los brazo—, la autenticidad. ¿Ves? Polignano es auténtica. No es como Ostuni, aunque yo sé que a ti gustó bastante. Pero ella ya no es una ciudad apetecible para los autóctonos, se ha convertido en una atracción sólo para turistas. Cualquier casa es una tienda de souvenir. Es más, la gente alquila el salón de la casa para que cualquier desconocido pueda vender fruslerías.

—A ver, Stefano, es el orden natural de las cosas.

—No, no tiene que ser así —usó aquel tono de superioridad que yo tanto odiaba.

—¿Y cómo va a ser?

—No lo sé..., como Polignano. Esta ciudad sigue siendo un ejemplo. No está abarrotada pero tampoco vacía. Los precios no son absurdos y la música de los bares no suena hasta la medianoche. La ciudad no atrae todo tipo de turista —me acordé del borracho de Ostuni, vomitando en la calle—. Y el que viene no dicta el ritmo de la ciudad. ¿Por qué? Porque los habitantes de Polignano quieren seguir tranquilo, no se trata solamente de ganar dinero, de aprovechar la presencia de la gente.

—¿Y crees que va a cambiar?

—Ya ha cambiado —mira hacia arriba— aquello que ves al lado del acantilado, no era un hotel. No había nada. Vas a ver cuando nos perdamos por la ciudad la cantidad de tiendecitas con las que nos tropezamos. Bueno, la gente aquí tiene que evolucionar, aunque lo esté haciendo a su ritmo. Este hotel en verdad, y tantos otros, son buenos.

—Entonces, no los temes.

—La verdad es que no... no me pongo tan afligido por Polignano como parece. Los pueblos más pequeños no tienen por qué temer. La cultura local es demasiado fuerte para perderse.

—¿Lo crees?

—Estoy seguro.



Stefano me habló de *La notte della taranta*, un festival en el que se celebra un baile muy típico de la región. El evento, de dimensión local, se ha convertido internacional en los últimos años. Ésta era la fuerza de la región: preservar lo auténtico porque esta cualidad es la que les hace únicos.

Pulla nunca ha sido la región más importante del sur de Italia. Ese título era ocupado por la Campania, mientras que la capital cultural siempre ha sido Nápoles. Todas las novedades, las máximas expresiones culturales, se han producido en la ciudad del pintor Salvator Rosa. Por otro lado, las ciudades más pequeñas disfrutaban de la ventaja, respecto de aquéllas que tienen una mayor población, de mantener y conservar su expresión cultural más auténtica, o mejor dicho, menos bastardeada.

Pulla luchaba todos los días por la permanencia de lo tradicional, incluso en los mínimos detalles, como el mantenimiento del rito de la cosecha de las aceitunas y el de la fabricación del vino, dos de los productos más famosos de la región. Los campos y campos de olivares que yo había visto desde la ventana del tren formaban parte de esta lucha.

Cuando subimos al pueblo de Polignano, me acordé de Ostuni. Los edificios estaban hechos del mismo material y tenían el mismo color blanco y beige. Las calles también eran lo suficientemente estrechas, puesto que el final del pueblo coincidía con el comienzo del mar, aunque el ambiente era muy diferente. La vida en Polignano transcurría con mucho más calma y el turista no iba con ese ansia de verlo todo, sino con mucha más templanza. En lugar de tiendas de souvenirs, te encontrabas con talleres de arte. En lugar de almohadas abarrotadas de gente, las escaleras de la ciudad disfrutaban de poesías. Los versos se descolgaban de todos lados. Los veía en las paredes, en los azulejos, en los bordes de las bocas de alcantarillas. “Aquí, mi gemelo, el mar, ha engrandecido mi libertad”.

### **La vida en los trullos**

—Mira el tamaño de esa sandía ¡Es enorme! —dijo Alicia en la mesa del balcón. Estaba de pie, intentando cortar un trozo de la fruta.

—Enormes eran las nectarinas que vimos ayer —Sara se limpiaba la boca con una servilleta— Por el aspecto que tiene, esta sandía tiene que estar buenísima.

—¿Nectarinas?

—Ayer, en aquel rinconcito, cerca de la playa.

“Frutas frescas”, decía el cartel colgado en un muro de piedras, en el camino que conducía a la reserva de Torre Guaceto. Al lado del cartelito se hallaban un montón de cajas de madera con nectarinas, melocotones y una amplia gama de verduras diferentes. Stefano quiso entrar en el local para comprar judías. En el patio de la casa, grandes higueras olían a pulpa dulce. Por el suelo, las alcaparras florecían como si fueran una parte más de los matorrales. ¡Con lo caro eran en algunos supermercados!

—Verdad. Estaban muy dulces... —cortó su pedazo y se sentó para comer— Y hoy, ¿adónde vamos?

—A Alberobello.

—¡Me gusta el nombre!

—Te gusta todo, Alicia —dijo Sara.

—Claro ¡Estoy de vacaciones! —levantó los brazos como quien celebra la victoria de una carrera.

—¿Qué hay en Alberobello? —Sara se giró hacia Stefano, mientras intentaba, con una de sus manos, protegerse del sol que le daba en sus ojos.

—Una villa entera de trullos.

—¡Ay qué bonito!

Si el trullo de Stefano nos recordaba las casas de los Pitufos, ver un buen puñado de ellos juntos era como entrar en el pueblecito de los bichitos azules. Había centenas de casitas blancas con techos negros. Algunas más simples, otras más sofisticadas pues disponían de dos e incluso tres techos. Todas muy bien conservadas. El título de Patrimonio de la Humanidad dado por la Unesco a los trullos de Alberobello en 1996 había contribuido significativamente a su mantenimiento.

En aquel pueblo lleno de casitas graciosas se podían ver detalles que habíamos observado en el trullo de Stefano, como por ejemplo, las pelotas que colgaban de cada uno de los techos. A dichas pelotas se las conoce con el nombre de pináculo y tenían diferentes formas en relación con su simbolismo. Éste también estaba presente en los techos, en los que podías encontrar: corazones, cruces, estrellas, lunas crecientes, dibujos de mágico significado, espirituales o religioso.

Los trullos de Alberobello tenían dos destinos principales. El primer era residencial y el segundo puramente comercial, ya que más de la mitad de ellos se había transformado en tiendas de regalos. Uno de los trullos que más me llamó la atención tenía una foto en blanco y negro, al lado de la puerta de entrada. En ella, una moza

camina llevando una falda y una camisa larga, además de un lienzo en la cabeza. La chica parece ser bien pobre. Los chicos detrás de ella también. Me puse a imaginar cómo sería la vida en aquella época...

—¿Has visto cómo se hacían las casas? —me llevé un gran susto. Stefano se puso a reír. Él se había acercado sin que yo pudiera verlo.

—Sí. Muy interesante.

—Los dueños de los trullos eran muy pobres. Hacían las casas con piedras y nada más porque a veces tenían que derribar los techos. Fue la mejor salida para que la fiscalización no descubriese que tenían casa y, así, evitaban pagar impuestos.

—¿Los derribaban?

—Solo el techo, aunque a veces los tiraban enteros.

—Vaya, cómo curraban estas...

—Nadie sabe de dónde viene el formato de esas casas. Quizás sea turco.

—¿Turco?

—En esta región hay influencias de muchos lugares. Para que te hagas una idea, en Bari todavía te puedes encontrar con minorías lingüísticas griegas, albanesas y franco provenzales, lo que quiere decir que esta región fue, como todo el Mediterráneo, el centro del mundo.

Me puse a mirar los trullos desde la azotea de uno de ellos, imaginando que eran construcciones turcas. Recordé a la mujer de la foto en su trullo destrozado. ¿Tendría a un sentimiento bueno o malo? ¿Ayudaba a desmantelar la propia casa?

Desde la azotea se divisaba otra villa de trullos. Quizás fuese la misma, pero estaba separada por la calle principal y parecía otro barrio. Bajamos de la azotea y fuimos a aquella zona. Esas casas parecían todavía más antiguas. O quizá, sólo estaban peor conservadas. Las paredes de algunas de ellas estaban sucias y el techo de otras tantas ya no tenía el pináculo. Las calles no eran blanquitas como en el otro lado sino bien negras y la calzada estaba separada de la vía por un pequeño bordillo por el que cruzaban las motos sin el menor miramiento. No encontramos ningún trullo-café, ni árboles ni macetas por las calles, ni, por supuesto, sillas de madera y mesitas frente a los trullos. La mayoría de ventanas y puertas estaban cerradas y sólo de algunas casitas salía unos sonidos.

Un grito me hizo girar la vista hacia una calle y vi un grupo de cinco niños corriendo. Se unieron, acordaron las reglas del juego. Uno se pudo mirando a la pared mientras contaba hasta treinta. El resto se perdió entre los callejones con una rapidez

increíble. Nosotros nos miramos sonrientes, y Stefano me guiñó un ojo como diciéndome “¿Ves?”.

Reconozco que a mí me gustaba más la villa sin trullos-cafetería, pues las habita gente normal. Empecé a pasear por las callejuelas cerca de las paredes, esperando encontrar puertas y ventanas medio abiertas para poder mirar dentro de las casas y ver quiénes eran los moradores de aquellos sitios. Sabía que jamás encontraría a la moza del lienzo, pero tenía la esperanza de saber cómo era su nieta.

### **Pescado y queso fresco**

El mar de la Pulla se balanceaba hacia arriba y hacia abajo con mucha parsimonia, calmado. El barco de vela en el que nos encontrábamos también le daba un toque especial al paisaje por su templanza de movimientos. Yo estaba al lado izquierdo, mirando el mar y el horizonte. No hacía mucho viento y el sol se dejaba sentir como un castigo placentero. Me quité la ropa y me puse el bañador.

Cada uno de nosotros se encontraba en un sitio diferente del barco. Yo estaba sentado con los pies cayendo por la eslora, dejaba que las olas llegasen mansamente hasta mi piel. A nuestro alrededor pasaban las medusas, esos bichitos blancos, con una cinta violeta alrededor de su cuerpo. A veces me distraía y miraba a Stefano, que estaba de pie, al lado de sus tíos, charlando animadamente sobre su intercambio. Hacía mucho tiempo que ellos no se veían y querían ponerse al tanto de todo. Él hablaba de las ciudades españolas, de su gente y sus tradiciones, de la universidad y las fiestas. Hizo no pocos comentarios de su viaje a Marruecos. Y el punto álgido de la conversación llegó con la gastronomía. Sus tíos, junto con sus padres, lo visitaron durante su estancia y quedaron sorprendidos de las comidas españolas. No quedó una tapa sin desmenuzar ni un pinchito sin describir.

Casi me hacía gracia verlo allí, al beduino domesticado... La verdad es que Stefano tenía mucha cultura, y andaba sobrado de dinero. Sus padres vivían en un piso en Bari, habían comprado un trullo en Ostuni y le mantenían en Viena. Además había viajado muchísimo y contaba con un potente coche y una motocicleta Vespa, nueva, negra con el asiento de cuero. Y en esos momentos estábamos en aquel barco de vela, navegando por el mar Mediterráneo, charlando como si fuera lo más normal del mundo.

Yo estaba encantado, pero sabía que esas actividades no estaban al alcance de cualquier bolsillo.

—¡Bajaros! —gritó Stefano.

Nos tumbamos todos en el suelo del barco y Stefano entonces cambió la vela de posición. El viento soplaba desde el mar hacia el continente, que era la dirección que ellos querían que el barco tomase.

—Lo manejas bien...

—No es tan difícil —dijo y se sentó a mi lado.

—Son muy simpáticos tus tíos

—Sí, lo son.

—¿Qué hacen?

—Para tener un barco, ¿me preguntas? —me había cogido.

—Bueno, también...

—Ya se han jubilado. Ahora aprovechan mejor la vida. Han ahorrado dinero durante bastante tiempo y han comprado a este barco de vela y luego lo fueron equipando poco a poco.

—¡Chicos! ¡Vamos a parar aquí! —gritó su tía.

Stefano salió corriendo para ayudarles con el ancla. Luego se fue hacia la punta del barco y dio un gran salto en el mar.

Todos hicimos lo mismo, salvo Clarisa, que prefirió bajar por la pequeña escalera del barco. Nadamos con sumo gusto durante un breve espacio de tiempo por la inmensidad azul de aquel mar casi transparente. La tía de Stefano nos tiró las gafas de buceo y nos sumergimos. Por nuestro lado pasaba un sinfín de peces, no demasiado grande pero algunos sí muy coloridos. Tras la pequeña expedición volvimos al barco y la comida ya nos estaba esperando.

Entre todas las ventajas de vivir cerca del mar sobresale, sin duda, la comida. No se puede aprovechar la playa diariamente, pero sí puedes encontrar pescado fresco todos los días. La proximidad del mar posibilita que las comidas más sabrosas de Pulla están compuesta de pescados y mariscos: peces, pulpos, langostas, gambas, mejillones, ostras... Y si hay una manera fácil de hacer feliz a un italiano es poniéndole en una mesa de buena comida.

Era lo que todos querían hacer en Alberobello: sentarse en una mesa, pero fuimos convencidos de que sería mejor comprar algo para comer y volver a la casa. Pasamos en un supermercado y elegimos una tarta de hojaldre con tomates y atún. Un

sonoro “hum...” se apoderó del aire durante largo rato. Alicia lo hizo mientras se levantaba con una mano en dirección al plato. Antes de terminar la acción se dio cuenta de que era la única en pie y que todos le estaban mirando.

—Ah... —volvió a sentarse— pensé que ya podíamos comer.

Todos se rieron.

—Come, come —dijo Stefano.

Clarisa repitió el movimiento, sonriente, y cogió un pedazo. Todos hicieron lo mismo. Sara sirvió el vino. En la mesa del barco, nos acordábamos de aquel día.

—Claro. Todo en Alberobello es caro como corresponde a una ciudad turística —dijo Stefano, el beduino rico.

—¡Yo realmente preferí la tarta!

—Sí, a mí también, Ali —concordó Sara—. Me encantó la tarta. Es que me pareció más fácil seguir allí por una cuestión de logística.

—Logística es lo que mi madre tuvo que tener para preparar el plato del otro día.

—Hum... que bueno estaba.

—¡Buenísimo!

—¿Me he perdido algo?

—Te has perdido la pasta con mariscos que la madre de Stefano preparó el primer día —Sara cerró los ojos como si quisiera acordarse del sabor— ¡Estaba divino!

—Lo hace como una verdadera chef.

—¿Lo hace siempre? —Alicia lo preguntó cómo alguien al que le gustaría comer aquello el resto de su vida.

—No, no. Es un plato complicado. Pero como volvía de intercambio y hacía ya unos meses que no me veía, me permitió elegir lo que yo quisiera.

—Vaya suerte tuvimos, Ali.

—Es verdad, Sara —dijo la tía—. La pasta de mariscos de su madre es riquísima.

—Me preparó la pasta con mariscos, y como prólogo gastronómico dispuso una mesa llena de quesos. Teníamos mozzarella, mozzarella de búfala, ricota y straciatella — se giró hacia mí, el milanés— ¿Conoces la straciatella, Giovanni?

—No...

—Es de la región. Son como hilos de queso fresco embebidos en leche de búfala. Está buenísimo.

Almorcé imaginando qué gusto tendría la straciatella.

Aquella noche, mi festival particular de comidas típicas italianas tuvo su vértice. Fuimos a un restaurante en el pueblo de Mola de Bari para degustar una típica cena: empezamos con aperitivos variados, como brochetas rellenas de tomate y quesos. Después pasamos al plato principal que estaba compuesto de todo tipo de frutos del mar, cocinados a la plancha y acompañados de salsas ligeras. El colofón lo tuvimos con la granizada de limón, sandía y limoncelo. Además, los platos fueron servidos en mesitas de madera con manteles de cuadros como en los lienzos que representan un picnic, bajo sombrillas verdes y banderitas coloridas.

Estábamos los cuatro, los tíos de Stefano y sus padres. Parecíamos una familia, como otra cualquiera que se sienta en alguna de las mesas que se encuentran por la calle. Los padres de Stefano eran dulces y simpáticos. Su padre era el más llamativo de todos, es uno de esos hombres encantado por nuestra generación. Estaba siempre a hablar de las buenas oportunidades de los jóvenes de los años 2000, con su mundo democrático, su conectividad, sus viajes a bajo costo. Así pasamos la noche, disfrutando de una gran cena, charlando de la cultura italiana, de las diferencias entre los países, de las comidas, de varias películas, de algunas canciones. A cada vaso de vino, brindábamos por la vida.

—Sí, mañana... mañana vuelvo para Milán...

—Qué pena —dijo el padre de Stefano y levantó el vaso para brindar por la última noche de vacaciones.

—Qué pena, Giovanni, allí no se aprovecha el verano como aquí. Allí todo muy va muy deprisa, aquí hay más tranquilidad —dijo Stefano mientras bostezaba con la mano en la nuca.

Nos reímos cuando terminó. Brindé por la última noche de vacaciones.

## **Festival de vinos**

Las pequeñas ciudades de Pulla tenían siempre dos tipos de público: los viejos y las familias. Apenas veía jóvenes. Debían estar pasando las vacaciones en otras ciudades o, quizá, en otros países buscando algún local de ambiente festivo juvenil. Los ayuntamientos de las ciudades pequeñas organizaban festivales veraniegos para su población: un escenario, algunas atracciones culturales, una decena de conciertos y la fiesta estaba montada.

Aunque sentí la misma energía en todas las ciudades por las que pasamos, sentí una gran atracción por el ambiente de Locorotondo. La ciudad de quince mil habitantes —que en verano debía tener todavía menos— no estaba en nuestra ruta inicial. En una de estas charlas sobre los mil pueblos de Pulla, Stefano nos habló de una bella y graciosa ciudad de nombre...

—... Locorotondo.

—¿Cómo?

—Locorotondo.

—Loco... loqui... Locoro... —Alicia intentaba repetir la palabra.

—Significa local redondo. Viene del latín. Es realmente redonda.

—¿Redonda cómo?

—Es muy sencillo. Si caminas por la calle principal, verás que cuando finaliza el muro, la última calle hace una curva. Además, si la miras desde arriba, el municipio es redondo.

—Que gracioso. ¿Vamos a pasar por ella?

—No estaba en mis planes pero, si queréis, podemos ir.

Locorotondo era tan bonita como Ostuni, con la diferencia de que era un auténtico vergel. Tenía un montón de plantas, las plazas estaban llenas de árboles, de los balcones colgaban macetas y flores de varias tonalidades y en las puertas de las casas te encontrabas con grandes arbustos. La mezcla del blanco de los edificios, algunos de hasta tres plantas, con el verdor de la plantas le daba a la ciudad un toque de exotismo y de vida increíbles.

En Locorotondo se respiraba una atmosfera diferente. Andábamos por las calles y veíamos mesas y sillas de simples restaurantes en los que familias autóctonas merendaban. También en las puertas de las casas podías tropezarte con un clan de simpáticas viejecitas, muy arregladas, que departían sin prisas de cualquier tema. Si los establecimientos utilizaban las mesas para su negocio, las viejecitas sacaban las sillas de sus propias casas y ocupaban el espacio público para cumplir con su charla ritual, con su contacto diario. A esas edades ya es de los pocos privilegios que se pueden permitir.

Todos se conocían y sabían que yo era turista, sin embargo, fue la primera vez en mi vida que no me sentí como tal. Las cosas transcurrían de manera tan cotidiana que Stefano, Sara, Alicia y yo no las alterábamos. Quizá Alicia, con su desbordante alegría, era la que más llamaba la atención porque se pasaba todo el tiempo saltando como una niña de seis años en todas las plazas que encontrábamos abiertas.



“Hoy, espectáculo de payasos” anunciaba un cartel, en medio de una placita acogedora, que tenía unas cajas de cerveza amontonadas a modo de taquillas y puerta de entrada. En medio, estaban distribuidas las sillas de plástico que miraban todas ellas hacia el hipotético escenario, en el que un señor de mediana edad hacía los últimos ajustes. Cuando hubo acabado, conectó el cable a un enchufe y se iluminó su obra de arte: las bombillas habían sido puestas dentro de embalajes de productos de limpieza y, al ser encendidas atravesaban el plástico y soltaban rayos de color rosa, azul, naranja, verde, blanco.

Decididos a volver al escenario reciclado horas más tarde, subimos la calle para conocer la ciudad de Locorotondo, esta suerte de laberinto encantado. Callejuelas empedradas nos conducían a placitas recónditas en las que aparecían como por arte de magia unas iglesias antiquísimas. Éstas nos devolvían a calles todavía más estrechas que desembocaban en oscuras esquinas, algunas de las cuales nos sorprendían con la existencia de un barecito del que salía una agradable música ambiente.

Paramos en una plazuela y cada uno de nosotros decidió coger una dirección. Una mujer me entregó un folleto.

—Hola, buenas tardes, hoy estamos haciendo una degustación de vinos de la región. Si a usted le apetece, detrás de aquel papel encontrará la ruta. Si la sigue, por cinco euros podrás degustar cinco tipos de vinos diferentes.

Le transmití la información a mis amigos, que aceptaron encantados. Comenzamos la ruta justo enfrente de una iglesia románica. Mientras bebíamos a pequeños sorbos los organizadores del evento nos explicaban las características del vino: la época, el tipo de uva, la añada, donde había estado almacenado el vino, el tipo de madera de las barricas... y finalmente nos daban información del fabricante del vino. Stefano y yo nos interesamos con entusiasmo. Sara, en cambio, imitaba a la mujer que nos indicaba cómo degustar el caldo, y movía la copa con mimo y olía el vino con mucha prosopopeya. Luego soltaba una risotada que echaba a perder toda la seriedad anterior. A Alicia no le interesaba nada y sólo escuchaba por educación y se bebía el vino de un solo trago. Al poco tiempo, ya estaba un tanto borracha.

Entre una tiendecita de vino y otra, habían dispuesto unas mesas con productos típicos de Pulla: jamones, quesos, galletitas saladas, mermeladas y panes. A la par que bebíamos íbamos comiendo esos pedacitos de delicatessen de la región. Alicia y Sara estaban mucho más interesadas en las tapas de chacino que en el vino.

—¡Qué buen homenaje nos hemos dado! —dijo Stefano. Había sentado a mi lado, en las escaleras de la iglesia.

—Estaba todo buenísimo, ¿no?

—Me ha encantado el cuarto vino...

—Y a mí, amigo.

## SICILIA

### Perspectiva de vida

*Al pie de uno de los más temidos volcanes de Europa, la pequeña Linguaglossa gana vida. Con sus cinco mil habitantes, la ciudad lucha por mantener las tradiciones y costumbres, frente a una juventud que empieza a cambiar su manera de pensar y una población de ancianos cada día más grande*

Ángela cortaba los calabacines. Uno de los pies sostenía su cuerpo, mientras el otro estaba apoyado en la rodilla, formando un cuatro con las piernas. La cintura estaba apoyada en una magnífica pila de piedra, repleta de cascarras, semillas verdes y blancas. Aquel desperdicio iba para el basurero mientras los calabacines recién cortados eran depositados en el pote que se encontraba al lado de la tabla. Ella hacía todo con mucha agilidad porque era una persona naturalmente ágil. Cortaba las legumbres, miraba al agua que hervía en el horno, leía un romance pastelón, fumaba un cigarrillo de liar y silbaba una música italiana antigua; todo a la vez y aún le sobraba energía para hacer un montón de cosas más.

Ángela tenía 48 años, tan bien llevado, que no hacía ningún tipo de esfuerzo para aparentar menos edad. Y realmente, no lo necesitaba. Era bonita, pequeña y bastante delgada para su edad. Por ser tremendamente activa no necesitaba de sesiones de gimnasios, ni maratonianas caminatas, ni siquiera hacer deporte. Con su rutina diaria era suficiente: nunca estaba quieta más de treinta minutos. Además, le favorecía que ella no estaba preocupada en lo más mínimo por la belleza, hecho muy típico en las mujeres que sobrepasan las cuarenta primaveras. Estaba pendiente de lo que era necesario: si veía que su pelo corto le parecía desarreglado se colocaba una diadema; cuando sus labios se le reseaban usaba el pintalabios. Al fin y al cabo, Ángela era una mujer de 48 años que aparentaba tener 48 años. Lo aceptaba con naturalidad y no se quejaba.

No era una conducta exclusiva de Ángela. Así parecían comportarse los hombres y mujeres de Linguaglossa, un pueblecito en el este de la isla de Sicilia, en Italia, donde daba la sensación que todo era real e inimitable. Cualquier casa era una construcción

única, cualquier edificio era irrepetible, cualquier tienda era necesaria, característica que compartían los restaurantes y las plazuelas. En aquella pequeña ciudad había poco espacio para la repetición o la duplicidad. Por las calles se veían casas y edificios de dos o tres plantas, todos muy simples, pero siempre con alguna característica singular, ya fuera por las rejas de las ventanas o por las macetas puestas en los balcones. Algunas estaban pintadas de amarillo, naranja e incluso de los más variados colores, a la par que te encontrabas otras viviendas en las que los muros carecían de pigmentación y ofrecían al visitante sus piedras negras.

Había pocos carteles indicadores por la ciudad y los existentes eran pequeños y muy simples. Ni siquiera el nombre de las calles aparecía en las primeras casas. Estaba claro, los cinco mil habitantes conocían Linguaglossa como la palma de su mano y no necesitaban nada más. Ellos mismos se conocían, se saludaban casi a diario y se volvían a reconocer en los paseos por las calles o en cada fiesta.

Eran todos, personas normales, de carne y hueso, con sus virtudes y con sus defectos. No escondían nada ni pretendían parecer más sabios de lo que realmente eran, ni más fuertes, pero tampoco más débiles. Sin duda, era una opción estúpida puesto que la vida los había puesto allí y en cualquier charla de vecinos podría saltar la mentira. Se mostraban tal cual eran, no les quedaba otra.

—¿Qué haces, mama? —preguntó Giosiana, bostezando. Vestía una camisa roja, gastada por el uso, y un pantalón corto blanco. Hacía calor y estaba un tanto amodorrada. Giosiana odiaba el calor y ni siquiera vivir en la montaña le daba una tregua. Cogió la gomilla que encontró en la mesita de la cocina y siguió andando. Se acercó a su madre. Le dio un beso en la mejilla mientras se recogía el pelo en una gran cola que pudiese calmar sus alocados rizos.

—Buenos días, corazón —Ángela le dio un fuerte abrazo y le besó la mejilla una y otra vez, con tanta intensidad que su cara se escondió totalmente entre el pelo de su hija. Los brazos de Giosiana rodearon la espalda de la madre. Ángela había sido acostumbrada por sus hijos a estas muestras de cariño tan particular en intenso. Le encantaba. Las dos se mantuvieron abrazadas durante un largo rato.

—Estoy preparando el almuerzo.

—¿Ya? ¿Con tanto tiempo? —se sentó en la silla.

—Claro, hija, tengo que dejar todo listo para que mañana y así ya no tengo que trabajar de nuevo.

Con una pequeña cucharada certificó que la cantidad de sal echada en la olla llena de calabacines era la correcta. Tras haber degustado el guiso, hizo una señal de aprobación y cerro el salero y el libro que estaba leyendo. Despejó las rodajas en la olla y se puso a observar por unos instantes el proceso de cocción de las legumbres. Luego se acordó de que debía llamar a su hermana para que le recogiese los zapatos de fiesta y comenzó a moverse de arriba abajo, buscando el móvil por todos lados: encima del lavavajillas, en el escurridor de platos, en el armario, entre los botes de leche....

Giosiana observaba a su madre. Se reía y mostraba sus bellos dientes. “Siempre frenética”. ¿En qué momento de su gestación había perdido la energía de su madre? Eran las nueve de la mañana y todo lo que deseaba era convertirse en rica para instalar el aire acondicionado en su cuarto y cuando llegase un día de verano como ése, quedarse cinco minutos más en la cama. Se quedó mirando a un punto fijo, con la mano derecha sobre la cabeza, pensando en los quehaceres que debía emprender, entre ellos, deshacer la maleta, firmar unos documentos y estudiar para el examen final. Luego se marchó a su cuarto y regresó al salón con bote lleno de esmaltes.

—Vamos mamá, ¿cuál quieres utilizar?

—¿Me vas a pintar las uñas?

—Las tuyas y la mías.

—¡Ay qué bien! — Ángela se había olvidado de la última vez que tuvo las uñas pintadas por un color distinto al de las especias que usaba en la cocina

—Con mi vestido nuevo, me queda mejor el rojo.

—Yo también quiero, Giosi —gritó Azurra, entrando como un huracán por la cocina. Siempre que andaba sin rumbo por la casa caía algo. Desde que empezó su noviazgo había ganado algunos quilos y da la impresión de estar un poco más gordita. Se había dado cuenta y había comprado una Nintendo Wii con la que ponerse en forma.

—Tú te puedes pintar las uñas sola, es mamá la que está siempre ocupada y la que necesita ayuda.

—Pero yo sé que tú eres una hermana muy buena y me vas a pintar las uñas, ¿no? —Azurra se puso detrás de Giosiana, intentando abrazarla y convencerla de se merecía ese favorcito. Desde que era pequeña empleaba esta técnica de persuasión y nunca le había fallado.

Ángela, que ya había encontrado al móvil, no pudo hablar con su hermana porque no se lo cogía. Se había puesto de nuevo frente a la estufa y observaba a sus hijas, aquellas mozas hechas que ya se habían transformado en mujeres, pero que

todavía jugaban como niñas. He acertado, se decía a sí misma. ¿Cuál sería la recompensa para una madre que ha conseguido educar a los hijos? Esos pensamientos le llenaban de orgullo y, a su vez, le ponían un poco nerviosa. Ya había cumplido su cometido, ¿qué le queda por hacer a una mujer cuando ya ha cumplido su papel en el mundo? Le entró una rara inquietud. Se fue al servicio, se detuvo al mirarse al espejo y se pasó las manos varias veces por las arrugas estirándolas hacia atrás. Acababa de darse cuenta que se estaba poniendo vieja.

Volvió corriendo a la cocina al escuchar un sonido fuerte: el agua que hervía en la olla se cayó en la estufa y luego en el suelo. Las niñas se asustaron con el descuido de la madre. Le vieron entrar en la cocina con una cara de espanto. Después se rieron al unísono como viejas comadres.

### **Al pie del volcán**

El día se pone majestoso en la pequeña Linguaglossa. El sol baja con mucha parsimonia entre las montañas formadas por el Etna. Tener a un volcán tan cerca origina una catarata de pensamientos a diario. Uno de ellos es la seguridad de estar rodeado de un paisaje único. Nadie escapa a la belleza de este pueblecito puesto que desde cualquiera de sus callejuelas se divisa el Etna, que siempre se muestra imponente. La montaña escarpada, a cada metro más vertical, escala sin solución de continuidad hacia el cielo. El intenso color verde de los árboles cambia gradualmente conforme avanza hacia la cumbre y llega hasta desaparecer transformándose en negro, tonalidad característica de la lava seca, cuando te encuentras a poca distancia del cráter. Éste despide un humo blanco que, comienza tímido por las mañanas, y continúa durante todo el día hasta formar una nube gigantesca que cubre lo alto de la montaña.

El humo blanco nos trae a la memoria que es el temido Etna el que está en frente. Su actividad volcánica empezó hace medio millón de años, cuando la raza humana todavía no existía, y una serie de erupciones hizo que tomase la forma actual. Las más débiles ayudaron a construir el edificio volcánico sobre el que se asienta, las más graves transformaron drásticamente el terreno. La primera erupción conocida por el hombre fue registrada por los versos del poeta romano Virgilio, en la Eneida, escrito en el año I a.C:

*Es este puerto grande y está libre del acoso de los vientos, más cerca ruge el Etna en horrible ruina y, si no, lanza hacia el cielo negra nube que humea con negra pez y ascuas encendidas, y forma remolinos de llamas y lame las estrellas; otras veces se levanta vomitando piedras y las entrañas que arranca del monte y al aire con estruendo amontona masas de oca líquida y hierve en el profundo abismo.*

Desde entonces, una serie de erupciones de mayor o menor grado se ha producido. Hay relatos de explosiones, una de hace treinta y cinco mil años que esparció cenizas hasta Roma, la capital italiana, que se encuentra a más de 800 kilómetros de distancia. En los últimos dos mil años, la más devastadora la de 1669, cuando una fisura de más de nueve kilómetros de distancia se abrió en el flanco sur de la montaña y cubrió de lava tres poblaciones de considerable tamaño. El manto de fuego siguió su camino en dirección a la ciudad de Catania. Sus moradores intentaron impedir que la destrucción llegase a la ciudad con la construcción de barreras y el cambio de trayectoria de la lava. Pero el flujo y la fuerza del magma derribaron los muros y destruyeron gran parte del local, dejando más de 20 mil muertos.

De aquella época se guarda en el ideario colectivo algunas imágenes y muchos relatos, que han pasado de generación en generación. Ninguna de estas múltiples historias ha conseguido impedir que se construyan nuevas moradas cerca del volcán. Sin duda, la fertilidad del suelo y los lazos emocionales que unen a estos habitantes con su entorno, explican repoblación posterior. Algunas ciudades se levantaron enteras, otras, en cambio, volvieron a erguirse sobre las ruinas de una antigua ciudad, como le ocurre a Catania, en la que la lava seca se empleó de material de construcción para las nuevas iglesias, algunos edificios y casas particulares. Este detalle hace que el negro sea el color preponderante en las ciudades al pie del temido Etna.

Ni el color de sus construcciones, ni el humo que sale todos los días de la cumbre del Etna son motivos suficientes para que estas gentes abandonen su amada tierra siciliana, aunque todos sean conscientes del peligro que corren, porque el Etna es uno de los volcanes más activos del mundo y siempre está en constante erupción.

—No, no te preocupes —dijo Ángela al el teléfono que sujetaba con el hombro izquierdo, mientras tendía la ropa en el patio de la casa. Había lavado todos los vestidos para la boda del día siguiente. Ahora tenía que esperar que se secasen— El Etna suelta humo todos los días... aunque eso no signifique que se va a explotar..., pensaba

mientras de manera irónica, se sonreía del poco conocimiento que la gente suele tener de los volcanes y de lo asustada que se queda cuando informa de que vive cerca del volcán más importante del mundo. “Si la gente supiera”—, es bueno que haya movimiento algunas veces al año, lo preocupante sería lo contrario, como el Vesubio que hace muchísimo tiempo que no explota y seguro que en breve pasará algo —se calló por un gran intervalo de tiempo. Su interlocutor le contaba una historia— Sí, sí, la tía ya me ha contado, pero vamos, no seas tonta, tú no tienes que preocuparte. Te espero aquí para la boda.

—¿Quién es, mamá?

—Venga, vale —y puso la mano al frente haciendo una señal de espera para Azurra. Empezó a contestar a las preguntas con frases que tenían la entonación de una despedida— Sí, ya lo verás. Venga, no te preocupes. Sí lo sé. Hablamos pronto. ¡Un beso! —dejó el teléfono en manos de Azurra para ésta lo colgase mientras ella terminaba de tender la ropa en la terraza—. Era tu tía, Celina. Tiene miedo de venir a causa del volcán.

—¿De verdad?

—Todavía no comprende por qué seguimos viviendo aquí.

—¿Y dónde íbamos a vivir? —Azurra miraba al volcán desde el patio y se acordó de la última vez que había subido a la cumbre. Fue en una excursión de la escuela para la que tuvieron que salir a las cuatro de la mañana en autobús. Llegaron hasta la mitad del camino de piedras negras y el resto lo hicieron a pie. Recordó que miró el cráter incandescente desde muy cerca y un sudor frío de miedo le recorrió todo el cuerpo.

—Yo comprendo a tu tía, hija. Vivir aquí seguro del todo no es. ¿Te acuerdas de lo que pasó en 2002?

—No fue tan grave...

—Sí, fue —había terminado de tender la ropa. Sujetó el cubo con una de las manos y puso la otra en la cintura. Miró fijamente a Azurra— tu padre y yo os montamos en el coche y recogimos todo lo que pudimos: unas cuantas mudas de ropa, los álbumes de vuestras fotos, algunos objetos, una radio, una mini televisión y el reloj de mi abuela. Lo teníamos todo preparado para cuando anunciaran que los habitantes de Linguaglossa debían abandonar sus hogares.

—Pero no fue tan grave...



—¿Cómo que no? —dijo enfadada y yéndose para la cocina. Dejó el cubo al lado del basurero—. Es que tú eras muy niña. Giosiana, sin embargo, se acuerda de todo y te lo puede confirmar si es que no te fías de lo que te digo —Ángela miró el reloj. “¡Cógelo! Ponlo en el asiento de atrás y, si al final tenemos que irnos de aquí, las chicas lo sujetarán entre las piernas”. Las frases de desesperación de aquellos días se le vinieron a la mente como un resorte.

—Vale mamá, me fío, me fío —le abrazó por la espalda y le espetó un beso en el cuello. Ángela se giró y le miró fijamente— si aquello nos ocurriera hoy, te llevaría a la ciudad que quisieras. Lo mejor es que nos fuésemos a vivir a la playa. ¿Te gustaría vivir en la playa?

—A mí no me gustaría salir de Linguaglossa —dijo Ángela.

—Muy bien, no te enfades...

—No estoy enfadada... por cierto, ¿tú no tenías que pasar por casa de Roberta para hacerle la cama?

—Sí, estoy esperando a Giosi.

—Llámalas, para que no se os haga muy tarde.

—¡GIOSI! —Azurra salió de la cocina, gritando, en busca de su hermana.

Ángela cogió el cubo y se marchó en dirección al cuarto de baño. Antes de llegar, se detuvo frente a un cuadro de la familia recordando el día que lo había colgado de la pared. En la imagen estaban: su marido, sus dos hijas y ella, que era la más pequeña de todos, la más delgada, la única de pelo corto y liso y la única de ojos negros. No parecía de la familia, sin embargo, ella era el único sustento tanto dentro como fuera de casa.

Linguaglossa era de las mujeres. Estaban en las tiendas, en los restaurantes, en los quioscos. Eran consultadas cuando aparecía algún problema, tanto en el ámbito familiar como fuera de él. También dictaban las reglas dentro de casa y por eso trabajaban el doble. Mientras arreglaban el salón, charlaban con los amigos, hacían las cuentas de gastos y proponían reuniones con los vecinos para certificar que todo marchaba dentro de lo previsto. Las mujeres de Linguaglossa, esa ciudad en la que todo parece más real, no tenían miedo de expresar sus sentimientos. Eran intensas en todo y los hombres sentían el deber de protegerlas. Se casaban por amor, se humillaban por amor, se levantaban por amor, seguían viviendo en el pueblo por amor. Y por eso eran adoradas.

## Costumbres seculares

Al día siguiente Roberta se casaba y Giosiana y Azurra se encargaban de hacerle la cama. La tradición manda que un día antes del matrimonio las primas más cercanas deben arreglar y hacer la cama de la noche de bodas. Una comitiva de mujeres compuesta de amigas y familiares ayudaba a las tareas de Giosiana y Azurra que debían dejar varios objetos encima del lecho. El objetivo reside en ofrecer el mayor tipo de dificultades a la pareja para que así no tenga una noche tranquila. Es decir, mientras los esposos se hacen arrumacos y caricias deben quitarse la pasta del pelo y el arroz de la ropa interior y así el paso ritual de niña a mujer que supone el casamiento y, sobre todo, yacer en el lecho con un varón, se dilate más en el tiempo. Esa fue la explicación ofrecida por una de las amigas de Roberta.

—Me parece raro... — susurró Azurra

—Es la tradición —Giosiana contestó tan bajo que ni su hermana pudo comprenderla bien. Estaban las dos en la cocina en compañía de cuatro mujeres, tres amigas de la novia y una tía, que enseñaba con paciencia cómo enrollar los caramelos de almendra en el plástico y que así las sábanas se quedasen pegadas a ellos por el azúcar. Mientras se manejaban, no paraban de hablar. “Mi boda fue en invierno y tuve suerte porque el chocolate no se derritió”. “La mía fue en verano”, decía otra.

—¿Y por qué tenemos que ser nosotras?

—Porque representamos a la familia, creo.

—Quizá mejor sería si esta tarea la hiciesen las amigas, que la conocen mejor — Azurra miró al salón en el que otras tres chicas tiraban al suelo todas las cosas que había en las bolsas de plástico. Las amigas de Roberta habían llevado todo, paquetes llenos de caramelos, pastas, platos, dinero, flores, globos de color rojo y cintas, e incluso una botella de champagne.

Cuando terminaron con los caramelos subieron hacia el cuarto. Ahora la comitiva la conformaban siete amigas, cuatro tías, algunas comadres y dos abuelas, la de Roberta y la de su novio. Cuando todos estuvieron en su lugar y todo se hubo dispuesto, quitaron todas las sabanas y empezó el trabajo. Dentro del colchón colocaron muchos platos de plásticos, de esos que se utilizan para los pasteles los días de cumpleaños. Todos quedaron cubiertos por un paño blanco mientras las mujeres decidían cuál iba a ser el juego de sábanas elegido para la ocasión. La madre de Roberto

ofreció todas las sábanas que habían sido regaladas. Eligieron unas sábanas de color crema con encaje en los bordes. Las dos primas de Roberta las embadurnaron de pasta cruda y caramelos de fresa y plátano. Repitieron la operación con las almohadas. En la cabecera escondieron monedas y billetes de euros.

—Casarse... ¿no te parece una buena idea? —susurró Azurra en el oído de Giosiana, al pasar detrás de ella con una de las almohadas. Le harían tan feliz aquellos cien euros que en pocos minutos se habían transformado en 200, 300... Sin duda, compraría nuevos juegos para la Wii, ropa a la moda y elegiría un vestido precioso con encajes y pedrería para la boda de su prima.

Encima de la colcha, se dibujó un corazón con los caramelos de almendras y la serpentina. En su interior se colocó dos suéteres de niña y algunas ropas que la madre de Roberta había guardado de cuando la futura desposada era aún un bebé. En el tocado se colocaron las dos copas de cristal junto a la botella de champán. La conversación sobre la decoración de la casa continuaba...

—¿Qué hacemos con todo lo que ha sobrado?

—¿Por qué no decoramos el resto de la casa?

—¿No sería demasiado?

—No, claro que no. Quedará muy bonito.

—No lo sé...

—¿Probamos, a ver qué tal?

Giosiana y Azurra habían cumplido con su cometido y observaban a las amigas de Roberta, que se movían todavía por el cuarto. Se miraban entre sí y sujetaban la risa haciendo un verdadero acto de constricción porque, sin duda, toda aquella parafernalia les parecía exagerada, aunque eran conscientes de que no se lo podía comentar a nadie del grupo.

Poco a poco Giosiana se dio cuenta de que la habitación fue quedando vacía. Las dos abuelitas, ancianas muy dicharacheras y simpáticas, se sentaron en el salón. Vestían camisas de manga larga de tonos alegres, conjuntadas con una falda negra y zapatos ortopédicos. Además lucían orgullosas en su mano izquierda una gran alianza. La miraban de ven en cuando y recordaban el día de su matrimonio y cuando a ella les hicieron el ritual del que ahora, años después, eran testigos. En aquella época y símbolo de la fuerte influencia de la mujer, la futura suegra elegía la esposa para su hijo.

Sicilia siempre tuvo sus propios ritos y tradiciones. Tal vez se deba a la separación geográfica del resto de Italia, y quizá se deba a la mezcla cultural producida

en la isla por la influencia románica, islámica, española o incluso griega y de tantas otras civilizaciones que pasaron por ese lugar a lo largo de los años. Lo cierto es que estos posos culturales son vividos en Sicilia de forma distinta al resto del país. Así lo cuentan los artistas autóctonos y también los que proceden de otras latitudes. Poetas, escritores, músicos, artesanos han dejado constancia del particular sentimiento que inunda esta zona italiana.

Los sicilianos comparten con el resto de italianos el amor por la gastronomía, los movimientos gestuales y la manera peligrosa de conducir. Sin embargo existe una serie de rasgos de la personalidad quizá moldeados por las costumbres, que no se encuentran en ningún otro lugar del mundo. ¿Razón? Aquí en Sicilia nació la mafia. Los italianos siempre vivieron contra una casta de elegidos que detentaban todo el poder. Desde el Imperio Romano hasta la Edad Media, una minoría dominaba todo el país y explotaba a los trabajadores a los que hacía pagar todo tipo de tributos e impuestos, sin la menor justificación. Tras la unificación, y una vez que las promesas de desarrollo e igualdad entre los italianos no se cumplieron, un grupo de sicilianos montó una suerte de banda cuya finalidad era proteger a los habitantes de la isla. Este grupo era odiado por el gobierno tanto como la simpatía que se granjeaba entre sus iguales. Ofrecían una resistencia al poder y esa postura heroica significaba ir contra la ley. Los acuerdos entre ellos, las falsas promesas y la aparición de las armas de fuego...; se convirtieron en las señas de identidad de este naciente grupo. La *Cosa Nostra* no era sólo el nombre de la primera mafia del mundo, era la expresión que identificaba su trabajo

Sus miembros, a ser valientes y temidos, ganaron fuerza y poder en poco tiempo. De estos hombres nació el respeto por los hombres y la importancia capital que juega la familia en todos los asuntos. Esta institución lo era todo, e incluso, el refugio para esconderse del poder oficial. Incluso hoy, la familia es la base de la vida de un hombre en Sicilia, es su tesoro más cotizado por el que debe velar a toda costa.

En medio de este tramado de intereses oficiales y subrepticios, se encuentran las mujeres. Trabajadoras incansables, se esperaba todo de ellas, que protegiesen el lar si el marido no estaban, que fueran adaptables a todo tipo de situaciones, que fuesen fuertes, resistentes y a la par amables. Debían aceptar ese doble rol: eran protegidas por el *pater familias*, y a la vez, protegían al resto de miembros del clan familiar. En la actualidad, mantienen las mismas tareas a las que se les ha ido añadiendo otras nuevas.

Esas dos mujeres descritas de forma general se encontraban sentadas en el sofá. Ellas participaron de forma tangencial en la preparación de la noche de boda, quizá por

cansancio, quizá porque su cometido fuese observar que todo se desarrollaba conforme a la tradición. ¿Qué duro debe ser observar las tradiciones en tus narices y no participar de ellas? ¿Se sentirían orgullosas de que los rituales se mantuviesen? Cuando bajó del cuarto Giosiana se apoyó en la pared del pasillo y estuvo mirando a las dos ancianas. Se dio cuenta de que estaban pendiente de todo, de que observaban con atención el flujo de personas que se desplazaba por la casa de un lado para otro, de que todos cumplían bien su función, de que ningún detalle se escapase. Si alguien se desanimaba, le agasajaban con una sonrisa, felizmente pagada. Y luego se miraban entre ellas, continuando las sonrisas.

—¿Qué haces?

—¡Ay qué susto, Azurra! —Giosiana se palpó el pecho para sentir los latidos de su corazón. Abrazarla por la espalda, taponarle los ojos con las manos, darle sustos... ya no sabía la de veces que se lo había hecho su hermana, algunas veces queriendo otras sin la menor intención. En todas las ocasiones le cogía en momentos inoportunos—. Nada, no estoy haciendo nada.

—Cualquiera lo diría, estás ahí tan, tan... escondida... —Azurra intentaba no reírse— Si no haces nada, ¿por qué no nos vamos?

—Coge tus cosas —Giosiana se arregló la camisa que llevaba puesta y pasó la mano sobre el tejido queriendo quitarse las arrugas.

## **La vejez**

En aquella noche Ángela había organizado una barbacoa con el vecindario. Se trataba de una pequeña fiesta para celebrar el regreso de Giosiana, tras su intercambio. Sin duda, todos los vecinos estaban contentos de tenerla allí. Eran las cinco de la tarde cuando Marta se encontró con Ángela, en el jardín que se encuentra frente edificio en el que habitan las dos.

—¡Qué bien verte tan temprano! —Marta sacaba a su perro de paseo dos veces por día. El animal se sentía liberado y corría sin ton ni son por todos lados. Cuando encontraba un sitio propicio, tras haberlo olisqueado varias veces, defecaba y luego arrastraba sus patitas como queriendo enterrar sus deshechos con la tierra. Luego ladraba con energía. Su dueña, recogía su caca con una bolsa de plástico.

—¡Ay, sí..., a mí también me da alegría verte. ¿Qué tal todo, Marta?

—Muy bien, sacando al perro para que dé su paseo. ¿Y tú?

—Acabo de volver del supermercado. He comprado las carnes para nuestra barbacoa —Ángela enseñó las bolsas de plástico abarrotadas de comida y preparativos para la fiesta. Lógicamente no quería que faltase de nada y que los invitados estuviesen cómodos. Era una manera de trenzar los lazos de confianza entre ellos, además de significar que su familia estaba muy bien avenida y que el menor motivo era suficiente para organizar una fiesta.

—¡Qué barbaridad, Ángela, no paras!

—¡Qué exagerada! Tú no olvides de llamar a toda la gente. Yo me encargo de la comida.

Se rieron abiertamente, sin cortapisas. Las dos se trataban como hermanas después de haber compartido edificio por más de quince años. Se veían a diario en el jardín, en las fiestas del barrio, los fines de semana en la ciudad, en los eventos culturales del verano... Ángela es una persona muy sincera y se ha relacionado bien con todos, quizá porque no siente la obligación de agradar a la gente. Con los que no desea mantener trato, siempre se mostró educada. Un hola por la calle, un buenas tardes... y poco más.

Marta, ya hace algún tiempo, le contó algunas confidencias a Ángela. Le daba miedo no adaptarse a las condiciones de Linguaglossa. Su choque había sido brusco, pues Palermo, la ciudad de la que procedía ofrecía la ventaja de vivir en un edificio enorme en el que podía esconderte de miradas y comentarios intrascendentes o no queridos. En la pequeña ciudad sentía pavor ante la tarea de abrirse a los demás, de tener que saludar a todos, de hablar sobre cosas que no le interesaban para mostrarse cortés, de no poder darle un corte al vecino de enfrente... “Si te preocupase por, te llevarías algunas sorpresas”. Recordó el consejo de su amiga.

—¿Y en qué patio hacemos la fiesta?

—Como prefieras.

—Si no te importa, lo hacemos en el mío, así no le quito ojo al perro que en cuanto me descuido, se me escapa.

—Perfecto. Voy a condimentar las carnes y te llamo en un rato.

La puerta de la casa de Ángela estaba abierta, señal de que había alguien en su interior. Cargó con todas las bolsas las dejó en el salón y de allí, en tres viajes sucesivos, las fue colocando ordenadamente en la nevera. Se puso un vaso de agua

fresca y cuando iba de nuevo al salón se topó con su hija, Giosiana, y del susto se le derramó el líquido por los pechos.

—¡Giosiana! —su hija no podía contener la risa. Intentó taparse la boca con la mano para disimular, pero siguió riéndose. Ángela se puso seria y clavó la mirada en su hija, que no le quedó más remedio que parar— ¿Qué haces aquí?

—Ya he vuelto de casa de Roberta.

—¿Y tu hermana?

—Fue al restaurante de papá.

—Es muy graciosa esa tradición de hacer la cama, ¿no? — dijo mientras andaba detrás de su madre a la que seguía por todas las partes de la casa. Sabía que no le había gustado el susto y que se encontraba disgustada. Ella quería redimirse— ¿A ti también te lo hicieron?

—¿Lo qué?

—La cama.

—Claro, hija. Y a ti también te lo va a hacer.

—Yo no quiero. No es algo a lo que le vea mucho sentido.

—No es una elección, Giosi.

—¿Tú tienes fotos?

—Algunas.

—¿Las podemos ver?

—¿Ahora, hija? —Ángela ya había pasado por su cuarto, por el servicio y estaba en la cocina, después haberse cambiado la camisa y lavado las manos. Quería que su hija le acercarse un banquito de madera para subirse a él y alcanzar hasta la estantería en la que se encontraban las especias: pimienta, albahaca, orégano, tomillo, romero.

—¿Pero, cómo fue?

—¿Mi boda?

—Todo.

—Fue de maravillas. Además, me casé con el hombre que quería, lo que no era muy común en aquella época —dijo mezclando tres especias diferentes en un pote rojo.

—¿Y por qué, no lo entiendo?

—La gente siempre consideraba que habían cosas más importantes que el amor, como por ejemplo, tener algo de dinero para la manutención.

—¿Y vosotros teníais?

—Algo sí. No mucho... —Ángela sonreía. Mantener aquella conversación la llevaba a su vida juvenil— tu padre le dijo a su suegro que se comprometía a darme el mismo nivel de vida del que yo gozaba en casa.

—¡Qué bonito!

—Sí! Pero vamos, era una gran mentira. Nosotros éramos jóvenes y no teníamos tanto dinero —Mirar a Giosiana riéndose de lo que acababa de contar le hizo sentirse feliz. Su historia, era una historia y comenzó a relatarse con un cigarrillo en la mano, que había sacado de su bolso. Antes se fue a ver la ropa, que ya estaba seca.

—Aunque yo sabía que era mentira lo que le decía a mi padre, nos casamos. Estábamos enamorados.

—¿Y dónde fuisteis a vivir? —Giosiana cogió el paquete de la madre. Cogió un cigarrillo y lo encendió.

—A una casita cerca de esta zona. Era de su tía. Muy pequeña aunque perfecta para nosotros dos —dio un largo trago de agua—. Me quedé embarazada a los cinco meses de haberme casado.

—¡Qué rápido!

—Sí, pero no sabes lo feliz que me puse, hija. Mi sueño desde pequeña había sido ser madre —miró a la cara de la hija y en su boca se dibujó una sonrisa inteligible, una mezcla de superioridad con ironía— Naciste en una generación en la que las mujeres no podían decidir tener hijos o no. Era lo normal y nadie lo cuestionaba. Ahora, vosotras, tenéis que romper con lo que ya está establecido. Debéis ser fuertes. Este trance nos llega a toda las mujeres, hija.

—¿Qué trance?

—El de la maternidad.

—No me molesta la maternidad. Me molesta la vejez

Las dos dejaron de hablar. Fumaban su cigarrillo mientras el sol se ponía tras las montañas del Etna. El móvil de Giosiana sonó y ella salió rápido de la cocina. Ángel tardó unos minutos más en apurar su cigarrillo. Se dio cuenta en ese instante de que no había nadie. Ningún llanto de bebés, ninguna pelea infantil, ninguna discusión acalorada por teléfono con el ligue de la semana anterior...

Tarde o temprano, Ángela sería una más de las estadísticas de los periódicos, que ya apuntaban un cambio de tendencia en el ritmo de crecimiento de la población italiana. Una a cada cinco personas tenía más de 65 años de edad. Sicilia seguía la media nacional. El descenso de la tasa de fertilidad y el aumento de la expectativa de



vida hacía ha provocado que el número de ancianos aumenta casi un 7%. Pasó del 15,5% en el año 2000 al 17% en el 2010. Las previsiones del gobierno eran que esa cifra llegase al 19% hacia el 2020

Pensaba en sus hijas, que ya habían crecido y se había convertido en unas auténticas mujeres. ¿Y ahora, qué le quedaba por hacer? “¿Qué tareas debe llevar a cabo una mujer que ya ha cumplido con su papel en este mundo?”.

## **Madre coraje**

Ángela estaba sentada al lado de su hermana escuchando atentamente los relatos de Giosiana sobre su intercambio.

—... de las fiestas de Nápoles siempre volvemos muy tarde. Una vez, Brian, mi intercambio chileno, estaba muy borracho y decidió quedarse solo apurando la última copa. El grupo se marchó —Giosiana no paraba de hablar ni de levantarse para todos pasases hacia la cocina en busca de carne, ensalada, cerveza, servilletas... Ella no perdía el ánimo; estaba en el centro de la mesa acaparando toda la atención—. A las cinco de la mañana escuché el ruido del interfono. Sonaba sin parar, sin parar. Me levanté enfurecida, odiando a mi compañero, cuando nada más descolgarlo escucho a Brian gritando “¡ábreme!” —Giosiana, se levantó de su asiento y con mucha gracia imitó el imaginado gesto de Brian. “¡Ya voy, ya voy!”— cuando subió las escaleras, estaba blanco, la mirada perdida y el corazón en la boca.

—¿Qué le había pasado? —preguntaron los vecinos.

—Estaba deambulando por las calles de regreso a casa, cuando un hombre, todavía más borracho que él empezó a seguirle. Cuando llegó al edificio el hombre le pidió la cartera y el móvil, sin embargo, Brian haciendo de tripas corazón contestó que no tenía nada. El hombre amenazó con matarlo allí mismo. “Voy a contar hasta el cinco y si no me das lo que te pido, te meto ese cuchillo por el estómago” —Giosiana se había puesto dramática y se dio cuenta de que la gente estaba espantada. Todos hacían muecas de horror reflejando una inquietud no impostada, lo mismo que le ocurrió a ella cuando escuchó el relato, al poco tiempo de pasar— Uno... empezaba a contar, y Brian buscaba la llave en su bolsillo sin encontrarla. Dos... seguía, mientras Brian apretaba el botón del interfono desesperadamente. Tres... y el hombre se fue acercando, y acercando... Cuatro... y yo acerté a abrir la puerta...

—¡Qué suerte...!

—Pero, sorprenderos. En lugar de cerrar la puerta y subir las escaleras, el muy borracho se volvió hacia el hombre y le dijo “si vuelves por aquí otro día, el que te mata soy yo”.

Se rieron mucho. Las mujeres más que los hombres.

—A mí me parece peligroso —dijo su padre.

—No pasa nada papá, ambos estaban borrachos y no recordarían nada a los pocos días.

—Ya hija, pero son en esos momentos de embriaguez cuando la gente hace tonterías. Cuando se pierda la noción de la realidad.

Giosiana no le dio la razón y continuó charlando con sus primas que aún se reían con la historia. Su padre se quedó pensativo, aunque intentó que nadie se percatase. Al poco tiempo, se marchó solo a la cocina en busca de hielo. Ángela se percató e hizo el mismo camino. Lo conocía perfectamente.

—Yo también quiero hielo. Hoy hace mucho calor, ¿no te parece? —abrió la nevera para coger algunos cubitos. Su marido no se pronunció y un silencio espeso se apoderó de la atmósfera— ¿Estás bien?

—Sí, pero me preocupo por Giosi.

—¿Y por qué?

—¿Has escuchado lo que acaba de contar?

—Sí, claro... Estaba disfrutando de la noche con sus amigos, ¿no?

—Puede ser asaltada por borrachos en la calle, es con lo que yo me quedo.

Ese tipo de personas no eran frecuentes en Linguaglossa. La noche en esta pequeña ciudad era muy tranquila. Los restaurantes cierran a las once de la noche y los bares a las doce. Sólo un bar, el Mora, tenía licencia para mantener sus puertas abiertas hasta las dos de la madrugada. Era un bar particular. Ubicado en la plaza de la Iglesia principal, al atardecer los camareros socaban las mesas y sillas de plástico a la terraza. El local imitaba a los pubs más modernos de la región y contaba con sus luces de neón rojas y azules. La plaza ganaba mucho en ese ambiente y la música lounge, que sonaba a un volumen razonable, le daba un toque distintivo mientras los cócteles de diversos colores iban de un lugar a otro.

Linguaglossa no era una ciudad de mucho jaleo, y los gritos, la música alta, la concentración de gente... sólo estaban reservados para los fines de semana. Sin embargo, no era una ciudad rutinaria. Sus habitantes creaban sus propios eventos a su antojo: cenas con amigos, campeonatos de fútbol, visitas a Catania o una excursión a las

hermosas playas siciliana, que eran conocidísimas por esas aguas azul turquesa y la blancura de su arena.

—Te asustas por poca cosa, hombre. Ella sabe cuidarse.

—Ya, pero no debe estar acostumbrada a que la gente le amenace.

—Lo que te ocurre es que no estás acostumbrado a que tu hija se defienda sola.

—Bueno, quizá tengas razón... siempre lo hizo... —reflexionó sobre Giosiana, aquella niña que nunca necesitaba ayuda para defenderse; muy al contrario, era ella la que pegaba a los chicos, cuando era una cría. Era ella la que daba sosiego al hogar cuando la madre no estaba. También cuidaba a sus primos. Giosiana ya era una mujer, con sus particularidades, claro, y con un fuerte parecido a su madre—. Aun así me preocupó, Ángela, en poco más de dos semanas, regresa a Nápoles para estudiar.

—¡Ves como no tienes que preocuparte! Ahí tienes la prueba, tu hija vive en Nápoles hace ya dos años y... mírala, ¡sigue viva! —soltó una carcajada y levantó las manos como si estuviese celebrando una victoria.

—No bromees con estas cosas, Ángela, por Dios.

—Es mejor no pensar en las cosas malas que te pueden ocurrir.

Ángela, sin duda, no perdía su tiempo en eso. “A la vida hay que enfrentarse. Es así de simple, como que dos y dos son cuatro”, pensaba para sus adentros. Además era lo que ella les había enseñado a sus hijas, que a su vez, fue la gran lección que recibió de su madre. Quizá esa frialdad de carácter estuviese motivada por vivir en un pueblo en el que la amenaza visible en forma de humo volcánico era una constante. “Hay cosas sobre las que no tenemos control” se repetía Ángela y esas circunstancias deben ser aceptadas con naturalidad.

La barbacoa seguía muy animada en el patio de Marta. El olor de la carne de buey se podía sentir desde varias manazas, los platos se servían repletos de files con salsa de mostaza, cacahuets y pan con aceite. Todos los allí presentes disfrutaban de lo lindo. Estaban tomando copas de vino, fumando, charlando relajadamente.

Ángela salió de la cocina con un cubo lleno de hilo que puso en la mesa entre el aplauso generalizado. Ella, muy cortés, respondió con una socarrona reverencia. Se encendió un cigarrillo y buscó a su hija por el patio. Sin pensarlo le dio un abrazo enorme.

—¿A veces, echas de menos Linguaglossa?

—Todos los días, mamá.

Los jóvenes, como Giosiana, carecen de oportunidades laborales, culturales, educativas, sociales... en Linguaglossa y se marchan en busca de un futuro mejor. Parten del lugar que les vio nacer, pero llevan consigo la fuerza de sus familias y jamás olvidan las tradiciones y costumbres de su pueblo, de su isla, que actúan como santo y seña de su quehacer diario.

## PARTE TEÓRICA

### 1. Introducción: punto de partida de la creación.

En la historia de los medios de comunicación siempre hubo cierta incertidumbre en determinadas cuestiones; una de las principales reside en saber qué textos son puramente periodísticos y otra se refiere a las características que han diferenciado al periodismo de otras actividades semejantes. El Código Deontológico del Periodista, documento que recopila los fundamentos generales que regulan el comportamiento de los profesionales del área, hace referencia a una serie de premisas que son específicas de la actividad periodística. Entre ellas, destaca la búsqueda de lo actual, la investigación de los hechos y el mantenimiento de una conducta objetiva y honesta sobre los acontecimientos que forman parte del relato de la actualidad. Estas aseveraciones, sin embargo, son puestas en jaque todos los días por reportajes que contienen temas poco novedosos, textos con informaciones poco detalladas e informes que, muchas veces, no dan voz a la multitud de actores implicados en los hechos.

Al margen del cumplimiento con las normas deontológicas de la profesión, el periodismo siempre ha utilizado y adaptado géneros procedentes de otras disciplinas del saber. De hecho, incluso, el concepto de género ha sido empleado siguiendo las pautas que ha marcado la literatura, de ahí, la vieja polémica existente entre una y otra actividad. No son pocos los autores que hablan de cierta mezcla, de algunas herramientas compartidas, como el lenguaje, e incluso, de la utilización de estrategias comunes. Dentro del propio mundo periodístico existen algunos géneros que son ejemplos perfectos de la hibridación, quizá, en el que mejor se aprecie sea en la crónica:

“La crónica periodística se caracteriza porque participa de casi todas las singularidades de los otros géneros. Posee rasgos de la noticia cuando informa de lo sucedido en un lugar determinado, contiene elementos del análisis cuando enjuicia las actividades de los protagonistas de cualquier evento, incorpora los métodos interpretativos del reportaje dando al lector el sentido único de los hechos (...) Y así podríamos seguir enumerando elementos.” (GIL, 2010, pp. 26)

Como se puede comprobar en esta primera aproximación al género que será el eje central de nuestro trabajo creativo, intentar ofrecer una definición cerrada sobre el género de la crónica siempre ha sido una tarea compleja. La palabra crónica empezó a ser utilizada para designar ciertos tipos de textos que narraban lo que ocurría en un lugar determinado empleando para ello un orden cronológico. La credibilidad de los textos se desprendía por el lugar privilegiado desde el que el escritor observaba la escena y por la riqueza de detalles y comentarios que introducía en su relato.

El género no ha tenido la misma valoración a lo largo de los años. Fue adoptada de la historia y de ella introdujo la interpretación de los hechos. No sólo había que contar lo que sucedía en un lugar determinado, sino que también era preciso aportar algunos comentarios, contextualizar los hechos, indicar al lector las claves gracias a las cuales los protagonistas se comportaban de una determinada manera y no de otra. Así surgió esta mezcla de información y de comentarios en los primeros años del periodismo impreso.

Con el paso de los años y debido al contexto social, los periódicos desplazaron a los géneros de opinión y adquirieron importancia los informativos. Las características de la crónica encajaban mal en ese ambiente, pues, los conceptos básicos eran la objetividad, la imparcialidad, la inmediatez... Se exigía que los textos delimitasen con claridad las zonas exclusivamente informativas de aquellos textos en los que sólo había comentarios. Los hechos son sagrados; las opiniones son libres era la máxima en el periodismo. Todos estaban convencidos de que podían redactarse textos sin la menor huella del redactor. La crónica, por su propia idiosincrasia, por sus rasgos generales, por el especial protagonismo del cronista, no era el mejor género para esos tiempos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, en los que el modelo de negocio periodístico estadounidense se impuso como patrón del buen periodismo. En él, son los hechos ocurridos –y no el comentario del escritor ni la rica sutileza de detalles– los que dan credibilidad a un texto.

Tras la II Guerra Mundial, el panorama de los medios de comunicación sufrió un cambio radical. A los medios impresos le surgieron dos grandes competidores, primero la radio y con posterioridad la televisión. La batalla de la inmediatez se había perdido por completo. Con unos recursos tecnológicos más avanzados, los medios audiovisuales podían estar en el lugar de los hechos y tenían los recursos para difundirlos de forma inmediata. Los periódicos debían ofrecer otros relatos que, basados en los mismos

hechos que ya conocían los receptores por los otros medios, fuesen lo suficientemente atractivos como para que se leyese al día siguiente.

Encontraron la solución en una palabra que abarcaba un amplio campo semántico: la interpretación. Ésta consistía en ofrecer los hechos pero ubicados en su contexto, explicados dentro de un complejo acontecer en el que muchas actuaciones venían motivadas por otros acontecimientos. Una buena interpretación, utilizaba las fuentes como punto de partida del relato y no como único sustento del mismo. Y a partir de ese material primero, conectaba unos hechos con otros, les daba sentido de forma global y lo hacía comprensible en unas determinadas circunstancias. Cuando la interpretación fue el distintivo fundamental de los medios impresos, respecto del resto, la crónica volvió a adquirir protagonismo, aunque manteniendo sus rasgos esenciales, que son los que anuncia Manuel Bernal Rodríguez:

“Crónica es una información de hechos noticiosos, ocurridos en un periodo de tiempo, por un cronista que los ha vivido como testigo, investigador e, incluso, como protagonista y que, al mismo tiempo que los narra, los analiza, e interpreta, mediante una explicación personal. El cronista suele ser un experto que realiza su labor con continuidad, desde el propio escenario de los hechos o sus inmediaciones.” (RODRIGUEZ, 1997, pp. 27)

Si damos por buena esa definición de crónica, hemos de defender que es un género en el que la información sobre un hecho es uno de sus elementos centrales. Es decir, que tras una crónica tenemos unos hechos que han ocurrido y no una ficción y ni siquiera las opiniones que sobre ellos se ha hecho el cronista. Más o menos desarrollados, mejor o peor contados, la crónica es un género que pretende narrar la realidad a partir de una serie de recursos léxicos y de unas determinadas estrategias narrativas. Si ése es el acuerdo tácito con la audiencia, el lector adopta una determinada actitud, es decir, considera que el texto proyecta un acontecimiento, o lo que es lo mismo, confía en que lo que se cuenta ha ocurrido y no ha sido inventado.

Esa confianza la deposita en el texto por varias causas. La primera es que sabe que el firmante ha estado presente en los hechos y no ha recibido la información principal por terceras personas. Luego podrá complementar lo presenciado con otras fuentes, pero el hecho principal que motiva su relato ha sido presenciado en directo.

Dando por sentado que el cronista ha sido testigo de los acontecimientos, el lector presupone que de ellos puede hablar con más conocimiento de causa y que sus enunciados serán más creíbles.

Otra razón que procede de la definición se encuentra en la experiencia y conocimiento propio del cronista. Éste no puede ser cualquier periodista. Los temas que son tratados con el género crónica se reservan a personas avezadas en la materia, que han demostrado a lo largo de los años un dilatado conocimiento del campo al que se dedican y que disponen de recursos, personas y fuentes que les pueden suministrar pistas, datos e informaciones relevantes que diferenciarán sus textos del resto de crónicas de otros medios de comunicación. Crónica y firma van de la mano. El género exige una firma que le dé entidad, trascendencia, diferencia y consistencia, es decir, la crónica reclama un responsable, el cronista, que será el encargado de ofrecer coherencia al discurso y de dar verosimilitud a los hechos.

Y eso se consigue, de un lado, mostrándose ante la audiencia como un experto en la materia, y de otro, con un uso escrupuloso, acertado, preciso y hasta creativo del lenguaje. Argumentos, citas, descripciones y pruebas se hacen más verosímiles si son expresados con pulcritud, elegancia, ritmo coherencia y cohesión. Es decir, el uso del lenguaje para convencer el lector de la realidad de los hechos es responsable de la producción del discurso persuasivo. La persuasión, estrategia que fue largamente estudiada por Aristóteles en su libro *Retórica*, es una destreza comunicativa que consiste en el empleo de recursos lógicos y simbólicos, cuya finalidad es hacer convincentes a la audiencia ciertos hechos o ideas.

A partir del estudio de la retórica aristotélica, la investigadora Luiza Isabel Bello demostró que la creación de tales discursos era posible a través del uso de argumentos lógicos, éticos y emocionales:

“Si los argumentos se fundamentan en el carisma personal del emisor, se les llama argumentos por *ethos*. Si se basan en los sentimientos que se intentan activar en el receptor, se les clasifica como argumentos por *pathos*. Si se basan en la lógica argumentativa que emana del propio discurso, son argumentos por *logos* (...). Los tres trabajan simultáneamente. Todos tienen fuerza argumentativa” (BELLO, 2005, pp. 6-7)



La importancia de Aristóteles y sobre todo de la *Retórica* en la investigación de la comunicación reside en la incorporación del elemento subjetivo, que aparece de muy diversas maneras, no sólo en la forma de escribir sino en la elección de los hechos que se publican, en el tratamiento dado, en la selección de las fuentes, en la elección de las imágenes... Además, para comprender los matices del proceso de convicción es necesario tener en cuenta no sólo los elementos del discurso periodístico antes mencionados, sino también el contexto en el que se enuncian los hechos y las convicciones sociales aceptadas en una determinada comunidad. Si aceptamos esas premisas, estamos afirmando que no existe solamente una realidad objetiva, sino diversas realidades subjetivas, que llegan a nosotros a partir de las palabras.

La observación de las palabras utilizadas en los textos es de gran importancia. En el caso de las narraciones de los medios, el periodista tiene como objetivo transmitir una información a sus lectores y cada una de las palabras empleadas es una pieza fundamental para la recreación del hecho, de sus causas, de sus consecuencias y del contexto.

“No es que –como se suele suponer entre muchas personas cultas– haya primero un mundo de conceptos fijos, claros, universales, unívocos y luego tomemos algunos de ellos para comunicarlos encajándolos en sus correspondientes nombres, por el contrario, obtenemos nuestros conceptos a partir del uso del lenguaje.” (VALVERDE, 1993, citado por CHILLON, 1998, pp. 70)

Esta cita de José María Valverde nos enseña que las palabras difícilmente podrán coincidir con exactitud con los objetos que pretenden designar. Nuestro conocimiento de ellos está muy influido por el sentido que aportamos. Por tanto, la certeza ontológica de que jamás podremos ser capaces de captar la esencia de las cosas nos confirma que nunca existe una realidad objetiva, sino una serie de realidades subjetivas que son comprensibles por el sentido común que desprenden gracias a que son verbalizadas y compartidas. Hoy sabemos que lo real sólo se transforma en realidad por el uso de las palabras y por tanto acercarnos a ese concepto es imposible. Sin embargo, tras siglos compartiendo teorías y prácticas, hemos conseguido reunir un enorme bagaje que forma parte de nuestra tradición cultural, que evidentemente, no es nada más que una creación humana.

Por tanto, si damos por sentado que no es posible alcanzar la realidad por medio de las palabras, ninguno de nuestros relatos podrá hacerlo. De ahí que, hoy entendemos que las técnicas empleadas por la literatura se oponen en intenciones a las empleadas por el periodismo por una cuestión más bien política. Es decir, se ha considerado y defendido que el periodismo trabaja con una forma “especial” la realidad que deja traslucir la objetividad. Si existen otras fórmulas que se refieren a la realidad y no emplean el modo periodístico, pasan a ser consideradas como subjetivas y por tanto, menos reales.

“Se habla de un estilo periodístico para designar a un supuesto modo expresivo oral y escrito característico de todas las modalidades del periodismo existente (...). Sin embargo, no existe un supuesto estilo para la comunicación periodística, sino una muy heterogénea y compleja diversidad de estilos y registros, distintos tanto en lo que hace a su fisonomía expresiva como a sus aptitudes comunicativas (...) Esto es también una herencia del mito del objetivismo, que ha dominado la cultura occidental (...) En ella se cree que podemos tener acceso a verdades absolutas e incondicionales sobre el mundo” (CHILLON, 1998, pp. 88).

Por tanto, aunque el periodismo intente configurar una manera estándar de narrar los hechos, siempre habrá diferencias, sutiles desigualdades que imposibilitarán la existencia de esa forma estándar, bien sea por el autor que escribe, por el tema del que hable o por el género que emplee. En la crónica, como hemos defendido en líneas precedentes, es crucial la huella del autor ya que él organiza el material, selecciona los fragmentos de la realidad que le interesan y está encargado de mantener el equilibrio entre la información y la interpretación. Además, el lector busca en el texto, cuando el tema tratado en la crónica es muy específico, contrastar su punto de vista, su propio conocimiento, aprender nuevas maneras de enfocar los hechos... La seguridad con la que se muestra el cronista en la evaluación de lo ocurrido también ayuda ofrecer verosimilitud a los hechos narrados.

En principio, el periodismo es una actividad intelectual que pretende, como sostiene Lorenzo Gomis, hacer una interpretación sucesiva de la realidad, es decir, parte obligatoriamente de unos hechos que han ocurrido e intenta hacerlos asumibles a la audiencia. Esta interpretación de la realidad parte de una selección adecuada de los

hechos noticiosos a los que se les pasa unos filtros lingüísticos (géneros periodísticos) con los que se hacen comprensibles a los receptores. El periodismo, pues, no puede renunciar a la narración de unos hechos verosímiles ni a su obligatorio compromiso con la realidad. Su cometido esencial es informar, es decir, dar forma a un hecho que ha ocurrido, mediante la utilización de un mecanismo inteligente: el lenguaje. Ahora bien, como existen géneros informativos, explicativos y de opinión, la actitud del profesional y de los lectores variará en función del tipo de texto ante el que se encuentren. Sin hacer una clasificación minuciosa de las crónicas, podríamos quedarnos con dos tipos. Aquéllas que abarcan un lugar, que son las denominadas “de corresponsales” y las temáticas, que son aquéllas que se centran monográficamente en un solo tema. Como defiende Manuel Bernal Rodríguez:

“El corresponsal da noticias contextualizadas (...) sus dos funciones son recoger y enviar noticias y, sobre todo, orientar a los lectores con comentarios. Además de ser informativas y fáciles de leer, se pide a los corresponsales que olviden un poco la noticia de palpitante actualidad, como las de agencia, y se dediquen más a los buenos análisis (RODRIGUEZ, 1997, pp. 53)

Por otro lado, la literatura no tiene un compromiso explícito con la realidad como sí lo tiene el periodismo, aunque toda producción artística y creativa es hija de su tiempo y por tanto, tras las obras literarias sí se pueden espigar algunas de las características más importantes de la sociedad de una época. Quizá ésa sea la mayor diferencia entre ambas actividades. Esta diferencia permita a la literatura estar menos condicionada por los hechos, con lo cual, dentro de su ámbito de acción se puede mentir, inventar, fantasear con los personajes, crear tramas imposibles... Sin embargo, si profundizamos un poco más, las distinciones se hacen más brumosas.

Hay géneros periodísticos que, al proceder de la literatura, como la crónica, mantienen ciertos rasgos creativos que se mantienen desde su origen. Esto hace que una parte del periodismo no tenga un apego tan necesario con la realidad como sí se le exige al discurso noticioso. Por tanto, literatura y periodismo, en el fondo, son dos formas de reflejar la realidad, dos formas de percibirla, de ahí que el presente trabajo esté compuesto por cuatro crónicas que intentan reflejar, desde perspectivas diferentes, un

viaje de dieciséis días por distintas regiones de Italia. Todos los textos presentan una mezcla de distintas técnicas periodísticas y recursos literarios.

## **2. Objetivos y estructura de la parte creativa**

1.- Demostrar que la crónica de viajes es un género que permite emplear técnicas periodísticas y recursos literarios sin perder sus rasgos informativos.

2.- Emplear distintos narradores en cada una de las crónicas para darle distintos puntos de vista a la acción.

3.- Comprobar cómo se comportan los personajes, dependiendo de quien sea la entidad narrativa.

La apuesta teórica aquí defendida sostiene que la crónica es un tipo de género que, histórica y políticamente ha ofrecido al escritor una mayor libertad creativa. Para demostrar la anterior afirmación hemos elaborado cuatro crónicas “creativas” de viajes en las que se ha intentado mezclar elementos procedentes tanto de la literatura como del periodismo, con la finalidad de que conformasen un todo coherente y comprensible, es decir, que no le chirriase al lector.

El material de las crónicas procede de un viaje por Italia realizado por la autora. Los destinos visitados fueron: Roma, en la región de la Toscana, Nápoles, en la región de la Campania, Bari, en la región de la Pulla y Linguaglossa, en la región de la Sicilia. Hubo dos motivos que me llevaron a visitar esas zonas. El primero se explica por la curiosidad de conocer el Sur del país, bastante menos explorado y desarrollado en comparación con el Norte. El segundo, y principal, se debe a que allí disponía de contactos, amigos personales y algunos conocidos que me mostraron los secretos de los paisajes que iba visitando. De esta forma se me abría la posibilidad de encontrar información de primera mano, fuentes que me servirían para conocer más de cerca las tradiciones, las historias, la cultura y la idiosincrasia de dichos lugares.

La primera tarea que nos impusimos fue elaborar un dossier previo de cada una de las ciudades. Pretendíamos conocer su historia, su idiosincrasia, sus tradiciones y los datos geopolíticos más elementales: ubicación, número de habitantes, alcaldía, partido en el gobierno... Para ello, consultamos libros y webs. También nos interesaban los modos de vida, la forma que tenían los habitantes de relacionarse con la ciudad, qué tipos de personas eran las más comunes, cuáles las más bizarras... Y para la obtención de esos datos realizamos varias entrevistas.

En los dieciséis días que duró el viaje, hicimos un diario escrito de todo lo que iba ocurriendo y además, elaboramos un registro fotográfico de los parajes más llamativos y sobresalientes de las zonas visitadas. Éstos luego se convertirían en valioso

material para las descripciones e incluso en los escenarios de las acciones llevadas a cabo por los protagonistas de cada una de las crónicas. También nos esforzamos por captar todos los aspectos físicos y morales de las personas con las que, al azar, nos tropezábamos, pues nos interesaba comprender la forma en que los habitantes se relacionan. En definitiva, intentamos recoger el mayor material posible para que luego las crónicas tuviesen todos los aditamentos necesarios que las convirtiesen en “textos creativos”, vivos, dinámicos, atractivos para cualquier lector interesado en los viajes y, sin por ello, perder su carácter informativo.

En nuestras crónicas hemos tratado de poner de relieve sus dos aspectos claves. El primero tiene que ver con la importancia del autor a la hora de seleccionar los hechos, de buscar las fuentes, de ordenar los acontecimientos, de darles un sentido argumental, de introducir uno o varios personajes, de salpimentar los escenarios de las acciones... El segundo es consecuencia del anterior, puesto que la huella del firmante es tan fuerte, el resultado final no se puede analizar desde los parámetros clásicos del periodismo, es decir, en estos textos no es tan importante la utilización de la retórica de la objetividad, esa que exige la continua utilización de la tercera persona, del uso del impersonal y de la ausencia sistemática de los adjetivos calificativos y adverbios.

Al profundizar en un hecho y ofrecer el resultado con una cierta voluntad de estilo conseguimos apartarnos del considerado por los teóricos de la redacción periodística como Martínez Albertos, el estilo informativo. Lo que en principio podría ser más interesante para una noticia, en nuestro caso podría pasar a un segundo plano y ser contado al final del relato sin que por ello hubiésemos violado las normas de estilo. Es decir, la crónica de viaje permite ciertas licencias creativas con las que podemos darle un sentido distinto al mensaje y al texto.

“Entre los propios teóricos hay cierta dificultad en hablar del carácter periodístico/informativo de los relatos de viaje. Algunos casi no la consideran periodísticos, otro no: la prosa informativa no ha de privarse de recursos de redacción literaria que sin renunciar a la necesidad de ser fiel a la realidad y a la verdad aprendida dan a la secuencia de datos y hechos una belleza que hace atractiva una operación aparentemente tan inusual como es la de conocer el núcleo del hecho informado, el escenarios y el desarrollo, la identidad del personaje” (BELENGUER, 2002, pp. 111)

En las crónicas escritas para la parte “práctico-creativa” del presente trabajo se han utilizado la presencia de varios personajes reales que han sido descritos de tal forma que cualquier lector podría reconocerlos. Se han empleado diversas figuras retóricas como las comparaciones, las sinécdoques, las aliteraciones..., y se ha recurrido, en no pocas ocasiones, a breves descripciones de paisajes que adornaban las acciones que se estaban desarrollando.

Estos elementos son comunes de los textos literarios, sin embargo, en este caso han cumplido una función referencial sin perder por ello su carácter estético. La pieza clave de los textos aquí presentados, además del andamiaje creativo, es la historia narrada. Ésta es el eje central que explica el hilo argumental, la aparición de los personajes, las descripciones e incluso las interpretaciones vertidas en algunos momentos. Teniendo en cuenta estas aportaciones teóricas que sobre las crónicas viajeras se han hecho, hemos intentado, para diferenciarlas, centrarnos en un único tema en cada una de ellas.

- **Roma:** La noche al aire libre. En verano, la capital italiana vive un movimiento muy particular: las personas se interesan más por pasar la noche al aire libre y la propia capital se llena de eventos en la calle. Hay una cierta coincidencia, o se si prefiere adaptación, a la estación estival, fruto de la oleada de turistas que la visitan en esa época. La feria a la orilla del río Tevere, los conciertos al lado del Coliseo y las fiestas de verano en lugares muy recónditos son algunas de las ofertas que aúnan la diversión con el bello escenario de la histórica capital del Imperio Romano.
- **Nápoles:** La marginalización en su sentido más extenso es lo que se respira en el ambiente y casi la nota predominante en los distintos parajes de la ciudad. La mafia, la corrupción, la violencia y la delincuencia juvenil son algunos de los factores que hacen de Nápoles una de las ciudades más peligrosas del mundo. Mientras miles de jóvenes propagan la violencia por las calles de la ciudad, otros miles son víctimas de ella. Ya no se sabe si esta situación tan enquistada es el resultado de un sistema cruel que empezó inoculando el sistema jerárquico y violento en la educación como algo común, hasta tal punto, que quienes no son violentos deben aparentarlo para librarse de la violencia, o si por el contrario, las

cosas son así por un gen violento desarrollado en esa zona. Nápoles vive una realidad paradójica que se acentúa más si cabe, por la gran cantidad de estudiantes que recibe cada año. De un lado, te encuentras en la superficie con el ambiente estudiantil y festivo; de otro, en las cloacas, la corrupción, la droga, la Camorra.

- **Pulla:** La permanencia de lo tradicional es su sello universal. Su lucha por preservar los elementos históricos y la combinación con un turismo menos “salvaje” identifican a esta zona del sur de Italia. Pulla es una de las regiones menos exploradas y conocidas del país. El turismo aún no es fuerte, gran parte de la economía se basa en fuentes primarias y los pequeños pueblos guardan sus características tradicionales. Aunque algunas de las ciudades que forman parte de la región ya estén adaptándose a la demanda de una economía con otros patrones, todavía existen pueblos y habitantes aferrados a sus tradiciones, a sus costumbres y a sus fiestas veraniegas. De alguna forma rechazan los avances o buscan una forma de unir el desarrollo económico del siglo XXI con el mantenimiento de las costumbres del pasado, que son la base esencial de su idiosincrasia.
- **Linguaglossa:** La tercera edad. En el pie del volcán Etna está una pequeña ciudad de poco más de cinco mil habitantes. En ella se nota claramente la presencia de las tradiciones y rituales locales, que se han ido transmitiendo de generación en generación a través de la transmisión oral, principalmente. En Linguaglossa hay un gran número de ancianos. Son ellos los que mantienen las costumbres y se encargan de transmitir a los más jóvenes la admiración y las ventajas de vivir en un pequeño pueblo, entre el Etna y las bellas playas que componen la isla de Sicilia.



### 3. Técnicas y estilos ensayados

Para intentar mostrar que algunas técnicas literarias pueden funcionar bien en un género periodístico decidimos optar por varios tipos de narradores que se iban mezclando en cada una de las crónicas y que se implicaban en los hechos e incluso que formaban parte de ellos. Pretendíamos ver que existen otras fórmulas de hacer periodismo. Lo habitual en el discurso informativo es que el firmante utilice la tercera persona y el impersonal, cuya finalidad es que la audiencia considere como verdadera la reconstrucción de la realidad que él ofrece, sin mostrar, para ello, ninguna huella léxica, ningún sentimiento, ninguna actitud frente a lo que sucede. La narración y la realidad misma deben tener la máxima similitud.

Nuestro punto de partida ha sido distinto. Nosotros hemos tratados con distintos narradores, y también hemos hecho periodismo. Hemos recopilado información en fuentes documentales, hemos obtenido datos de los habitantes de las distintas regiones, hemos recogido descripciones de los paisajes, hemos constatado hechos... Es decir, hemos actuado como lo habría hecho cualquier otro profesional que pretendiese ofrecer un reportaje informativo sobre unos determinados hechos. Nuestra variante ha residido en la entidad narrativa. Hemos seleccionado distintos narradores que han ido marcando el tiempo de la narración, que han jugado con los personajes, que se han involucrado en la trama de los hechos, a veces como protagonistas, otras como testigos...

En la crónica sobre **Roma** hemos empleado un narrador tipo cámara. Él está incluido en la narración, porque organiza el texto e introduce a los personajes, pero no forma parte de ella. Cuenta lo que ve, describe los personajes y situaciones, lleva el *tempo* narrativo, pero utiliza la tercera persona, como si fuese un narrador testigo. Es como si aquél que escribiera, tuviera una cámara de vídeo y fuera grabando todo lo que sucede en determinados escenarios.

Él conoce, como narrador, todos los hechos, los ordena según su criterio, amplía o disminuye el ángulo de su cámara, centrándose en uno o en varios personajes...; sin embargo, desconoce lo que pasa por la cabeza de éstos, simplemente deja constancia de sus actuaciones. Para dar la sensación de que el lector está viendo lo mismo que el narrador, combina, en ciertas ocasiones, el presente de indicativo con el imperfecto, dejando esa ambigüedad para que el decodificador la resuelva y complete el sentido. No sabemos, *a priori*, si ese presente está utilizado como presente histórico o se debe a que el narrador quiere dar sensación de inmediatez, con lo cual, el lector está impelido por el

narrador a que se implique en el texto. También se utiliza el pasado, como estrategia para romper la acción y dar a entender que nos encontramos en una disquisición, argumentación o pensamientos del protagonista. Es una suerte de flashback, aunque retrasan el ritmo de los hechos, ayudan a comprenderlos mejor, a situar a los personajes, los paisajes y a dar sentido al texto.

En la crónica de la región de **Pulla**, al revés, el narrador está en primera persona: es un personaje de la acción, siente igual que los demás y está al mismo nivel que el resto de personajes del relato. Él narra la historia mientras actúa, además ofrece sus razonamientos, sus puntos de vistas, sus gustos, sus preferencias, sus acotaciones a las opiniones ajenas. No conoce, de antemano, lo que piensan los demás, ni sabe cuáles serán sus reacciones ante las decisiones del grupo, así el lector puede comprender mejor el carácter y los puntos de vista de los implicados en las acciones, de tal forma que, puede hacer una reconstrucción psicológica de cada personaje.

La coherencia es la propiedad textual por la cual los enunciados que forman un texto se refieren a la misma realidad. Para que un texto presente coherencia, sus enunciados han de centrarse en un tema y deben responder a nuestro conocimiento del mundo. Los textos se construyen aportando nueva información en cada enunciado, pero una secesión de enunciados dejará de ser coherente si en ellos no se hace referencia a un tema común y están narrados en un tiempo verosímil. En este caso, el tiempo verbal predominante, por pura coherencia, es el pasado, tanto en su modalidad de imperfecto como de pretérito perfecto simple, pues el narrador sólo puede contar los hechos tras haberlos vivido. Pueden introducirse algunas formas verbales presentes aunque, en este caso sí, con un valor de presente histórico.

En la crónica de **Nápoles** volvemos a emplear el narrador que registra todo lo que ocurre, pero si deferencia del primero en que no sabe lo que sienten ni sabe lo que piensan los personajes. No puede, pues, hacer pequeñas digresiones sobre lo que cada uno de los personajes aporta, ni tampoco es capaz de prever sus acciones. Éstas siempre serán una sorpresa para el lector. El narrador se convierte en un inmejorable observador que deja su huella subrepticamente, es decir, plantea la acción en tercera persona, sin embargo, la arquitectura del relato, los personajes y que las acciones se desenvuelvan de una manera u otra, es responsabilidad suya.

En este caso, como la pretensión es que el lector vea a través de los ojos del narrador-observador, debe evitarse cualquier marca autorreferencial e incluso debe cuidarse con sumo cuidado el uso de los adjetivos calificativos, los adverbios y los

*verba dicendi*. Solo así evitaremos que el lector descubra las estrategias empleadas, si éstas fueran demasiado evidentes, corremos el riesgo de perder parte de la credibilidad inherente al texto.

En la crónica de **Linguaglossa** hemos empleado el narrador externo omnisciente. Él sabe lo que piensan y sienten todos los personajes, pero no es uno de ellos. No está dentro de las acciones aunque pueda contar muchos detalles sobre ellas, además de describir los sentimientos de los personajes. Su punto de vista se revela, no solamente en la narración de los hechos, sino también en la aportación de diálogos completos, en la elucidación de las acciones, en las acotaciones sobre los pensamientos e incluso en los flashbacks que acompañan la historia. La utilización de esta técnica se hizo posible gracias a la investigación minuciosa de las costumbres de los personajes y al conocimiento minucioso de sus características psicológicas.

Para ello fue fundamental convivir en el grupo y ser aceptada como una más, es decir, la primera tarea era que la cronista fuese no fuese vista como una intrusa, como una periodista que se integra con la finalidad de obtener información. Las entrevistas, las charlas, los paseos, los viajes, las paradas en los bares, los contactos con otras personas surgían de forma espontánea y no eran solicitadas por la autora.

Además de los tipos de narradores, estas crónicas de viajes emplean recursos comúnmente utilizados en los textos literarios. Nos referimos al uso del flashback, que predomina en el primer texto. Es una fórmula muy común cuando el narrador conoce los pensamientos de los personajes y controla todas las situaciones. Así puede, en algunos casos, ir dando pistas de cómo se irán comportando los personajes para que la acción de la crónica de Roma no pierda el pulso narrativo.

En la segunda crónica, el narrador opta por dar saltos temporales hacia adelante y hacia atrás para establecer un nexo de unión entre las diferentes historias contadas que se refieren a un mismo tema. En el tercer texto, predomina el uso del diálogo, sin embargo, en vez de ser referido, como el narrador es protagonista de la acción, se usa para que los otros personajes estén a su mismo nivel y así mostrar cómo se comportan y cómo piensan. Finalmente, la cuarta crónica usa una técnica muy común, consistente en la proliferación de acotaciones, comentarios personales, algunos impersonales, descripciones minuciosas, incorporación de acciones pasadas. Es el reflejo típico de un narrador omnisciente que controla por completo la acción, los personajes y el desenlace final.

La utilización de estas técnicas en el mundo del periodismo tuvo su auge y posterior consolidación en los años setenta en los Estados Unidos. El fenómeno, al que no se le ha encontrado todavía un origen único, recibe el nombre de Nuevo Periodismo. A los teóricos de la literatura e incluso del periodismo la proliferación de estas técnicas les cogió desprevenidos, pues, la descripción puntillosa de los lugares, la incorporación de varios puntos de vistas y personajes, el empleo del orden no cronológico en la historias no formaban parte de las técnicas clásicas del periodismo. ¿Se estaban inventando los relatos, al colorearlos literariamente? Era la gran duda.

“La idea consistía en ofrecer una descripción objetiva completa, más algo que los lectores siempre tenían que buscar en las novelas o los relatos breves: esto es, la vida subjetiva o emocional de los personajes. Por eso es por lo que resultó tan irónico que la vieja guardia del periodismo y la literatura empezase a tachar a este nuevo periodismo de ‘impresionista’. (...) Sólo a través del trabajo de preparación más minucioso era posible, fuera de la ficción, utilizar escenas completas, diálogo prolongado, punto de vista y monólogo interior” (WOLFE, 1988, p. 32)

Según Tom Wolfe, los periodistas de aquella época estaban traspasando los límites convencionales del periodismo, pues lo que pretendían era dar un toque estético, creativo e incluso artístico a sus textos, sin infligir el objetivo periodístico fundamental: de hablar de los hechos con veracidad. Los que solían trabajar con estas técnicas (Capote, Mailer, Dos Passos, Hemingway) ponían un gran denudo y dejaban clara su voluntad de estilo. Era habitual que estos periodistas llegasen al lugar de los hechos para investigar, almacenar detalles, en principio insignificantes, anotar las características físicas de algún vecino, recoger las contradicciones ideológicas de los protagonistas...

Antes de ponerse a redactar, decidían qué tipo de técnica les vendría mejor al relato, en función de la intención de su mensaje, sin perder de vista que su misión era transmitir una porción de la realidad, tal como ellos la concebían.

“Lo que me interesó no fue sólo el descubrimiento de que era posible escribir artículos muy fieles a la realidad empleando técnicas habitualmente propias de la novela y el cuento. Era eso... y más. Era el descubrimiento de que un artículo, en periodismo, se podía recurrir a

cualquier artificio literario, desde los tradicionales dialogismos del ensayo hasta el monólogo interior y emplea muchos géneros diferentes simultáneamente, o dentro de un espacio relativamente breve... para provocar al lector de forma a la vez intelectual y emotiva” (WOLFE, 1988, p. 22)

En el libro *El Nuevo Periodismo*, Tom Wolfe explica que la fuerza de la novela se deriva, básicamente, de cuatro procedimientos que pasaron a ser usados por los periodistas de manera instintiva. El primer procedimiento es la construcción del hecho escena por escena, no necesariamente en orden lineal. Otro es el registro de los diálogos en su totalidad, ofreciendo al lector los detalles de las conversaciones para que él pueda no solamente entender las causas y consecuencias del hecho sino también observar, a partir de estos diálogos, los rasgos de la personalidad de los personajes. Así evitaba que el narrador tuviera que hacer alguna interpretación al respecto.

Otro procedimiento es lo que él denomina “punto de vista en tercera persona”, que consiste en presentar la historia al lector a través de los ojos de un personaje en particular. Así se hacían uso de las descripciones de detalles que antes habían pasado desapercibidos: comportamientos, gestos, vestimentas, decoración de locales en los que se desarrollaba alguna escena, alimentos e incluso algún elemento simbolista que ayudase a dar dinamismo y verosimilitud a la acción.

Estas técnicas posibilitan que los textos periodísticos se asemejen, en cierto modo, a la estética de la novela, con la condición de que todo lo narrado haya sucedido realmente. Con mayor o menor acierto, las técnicas descritas por Tom Wolfe fueron utilizadas en las crónicas de viaje que constituyen la parte creativa de este trabajo fin de Máster. Además de los aspectos literarios ya referenciados, en los textos se encuentran otros elementos típicos de las informaciones periodísticas como: datos matemáticos, porcentajes, descripciones de las acciones y citas de los personajes más importantes, aunque transformadas en diálogos, como realmente se produjeron en el momento de ser proferidas.

Es importante hacer algunas observaciones sobre las crónicas viajeras. En ellas, la descripción del espacio es uno de los componentes más fuertes, ya que el autor está en un ambiente nuevo, lejano a su lector, y quiere dar a conocer esa realidad. Otro componente importante es la caracterización de los personajes puesto que ellos traen elementos específicos del lugar en el que se encuentra el autor. Los estudios realizados

sobre las crónicas de viaje generalmente sitúan este género entre el periodismo, la literatura y la historia. El criterio diferenciador es su finalidad.

“Los textos periodísticos tienen una finalidad exterior o instrumental, mientras que la literatura posee una finalidad interna que se agota en el texto mismo. También destaca el carácter político del texto periodístico, frente a la ausencia de esa nota en los textos literarios (...). El relato del viajero tiene carácter político porque suministra su información a un público conocido de antemano. A diferencia de la literatura y de la historia que van dirigidos a un público intemporal” (RODRIGUEZ, 1997, pp. 77-78 y 79)

Por eso, siguiendo estas premisas, las crónicas de viaje aquí presentadas narran acontecimientos específicos que han sucedido en cada una de las ciudades en las que ha estado la autora, que intenta jugar con la escritura creativa, utilizando una serie de técnicas literarias, sin fantasear los hechos.

#### **4. Reflexión final**

Durante la realización del trabajo fueron encontradas algunas dificultades. La primera de ellas fue determinar los aspectos que distinguen el texto periodístico de otros tipos de textos. La diferencia entre periodismo y literatura es muy débil. Ni siquiera la argumentación de que el “periodismo está siempre basado en la novedad” puede ser asumida en los días de hoy, ya que algunos de los géneros periodísticos, como las entrevistas, las columnas y los editoriales se alejan intencionalmente de los hechos para ofrecer una visión interesada de ellos.

De hecho, las técnicas introducidas en los setenta por la prensa norteamericana enseñan que un texto puede ser periodístico refiriéndose a la actualidad de una forma distinta a la impuesta por la retórica de la objetividad. Otras fórmulas ofrecen verosimilitud, porque lo que se pone de manifiesto, en el fondo es que dicha retórica pretendidamente objetiva no deja de ser una pose política, es decir, una estrategia política de los medios para ganarse la confianza y la credibilidad de la audiencia. Lo que ha demostrado la experiencia es que el crédito se lo gana el periodista con un trabajo honesto, contrastado y valiente, con independencia de la existencia de interpretaciones en sus textos.

Tras la lectura de libros de diversos investigadores sobre los rasgos esenciales de la actividad periodística y las fronteras entre estos textos y otros tipos de géneros, nos percatamos que el punto que marca el rasgo periodístico se encuentra en la realidad, entendida ésta como la unión de varios hechos que han ocurrido y que el profesional ha narrado. Lo que le está vedado al periodista es la invención de pruebas, datos, hechos que no tengan una fehaciente demostración.

Sin embargo, debemos ser conscientes que el ser humano falla en su intención de aprehender las cosas por medio del lenguaje. Lo real nos es inaccesible porque es un concepto inventado para explicar que el lenguaje es sólo una manera de describir la realidad y no lo real, es decir, no la realidad misma. Por otro lado, en los textos periodísticos los acontecimientos son fundamentales, o lo que es lo mismo, se transforman en los hilos que sustentan el discurso. Para ello debe emplearse un tiempo verbal que nos muestre si los hechos acaban de pasar o se refieren a un pasado lejano e incluso, el tiempo verbal, a veces, nos puede dejar entrever qué puede ocurrir en un futuro más o menos inmediato. Estas son algunas de las licencias que permite las crónicas, en sus distintas versiones, como género periodístico.

Otro obstáculo para la realización del trabajo fue la definición de los hechos y de los narradores que íbamos a emplear en las crónicas. Tomar esa decisión suponía adoptar un punto de vista sobre cómo serían transmitidos los hechos y cómo queríamos que fuesen comprendidos por los lectores. Para ello recurrimos a las distintas materias estudiadas en el Máster de Escritura Creativa, principalmente, Modelos Narrativos, Periodismo de Creación y Taller de Prosa y Ficción. El contenido aprendido en estas disciplinas nos ayudó a moldear las técnicas periodísticas y literarias utilizadas en las crónicas. Quisimos que fuese lo más creativo posible sin perder la esencia de los hechos, pretendimos que los éstos latiesen en cada momento pero de una manera particular.



## 5. Bibliografía consultada

ARISTOTELES (2002). *Retórica (Introducción, traducción y notas de Arturo E. Ramírez Trejo)*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

BELENGUER JANÉ, Mariano (2002). *Periodismo de viajes. Análisis de una especialización periodística*. Sevilla: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.

BERNAL RODRIGUEZ, Manuel (1997). *La crónica periodística. Tres aproximaciones a su estudio*. Sevilla: Padilla Libros Editores & Libreros.

CHILLÓN, Albert (1998). *El “giro lingüístico” y su incidencia en el estudio de la comunicación periodística*. Anàlisis [Online], Volumen 22, pp. 63-98. Disponible: <http://ddd.uab.cat/pub/analisi/02112175n22p61.pdf> [Consultado el 21 de noviembre de 2013]

GIL GONZÁLEZ, Juan Carlos (2010). *El periodismo taurino de Antonio Díaz-Cañabate: Crónicas y Artículos*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

LÓPEZ PAN, Fernando (1996). *La columna periodística. Teoría y práctica. El caso d Hilo directo*. Pamplona: Eunsa.

LÓPEZ PAN, Fernando (2005). *¿Es posible un periodismo literario? Una aproximación conceptual a partir de los estudios de redacción periodística en España en el periodo 1974-1990*. Doxa Comunicación [Online], Volumen 3, pp. 11-31. Disponible: <http://www.doxacomunicacion.es/es/hemeroteca/articulos?id=87> [Consultado el 21 de noviembre de 2013]

MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis (1993). *Curso general de redacción periodística: lenguajes, estilos y géneros periodísticos en prensa, radio, televisión y cine*. Madrid: Editorial Paraninfo.

REVERTE, Javier (2002). *Los caminos perdidos de África*. Madrid: Debolsillo.

RODRIGUEZ BELLO, Luiza Isabel (2005). *Ética argumentativa en Aristóteles*.  
Revista Digital Universitaria [Online], Volumen 6, número 3, pp. 1-15. Disponible:  
[http://www.revista.unam.mx/vol.6/num3/art24/mar\\_art24.pdf](http://www.revista.unam.mx/vol.6/num3/art24/mar_art24.pdf) [Consultado el 21 de  
noviembre de 2013]

WOLFE, Tom (1988). *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama.